



5
89







Libreria de...
...

REFLEXIONES
SOBRE LA VANIDAD
DE LOS HOMBRES.
TOMO II.

27

29

REFLEXIONES

SOBRE LA VANIDAD

DE LOS HOMBRERES.

TOMO II.

REFLEXIONES
SOBRE
LA VANIDAD.
DE LOS HOMBRES.
Ó
DISCURSOS MORALES
DE ELLA.

Con una Carta del mismo Autor sobre
la fortuna.

ESCRITAS EN PORTUGUES
POR MATIAS AYRES RAMOS
DA SILVA DE SÁ.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO
POR DON JOSEPH DE PALACIO
Y VIANA.

CON PRIVILEGIO.

EN LA IMPRENTA REAL.

1787.



REFLEXIONES

SOBRE

LA VANIDAD

DE LOS HOMBRÉS

ó

DISCURSOS MORALES

DE EL LA.

Con una Carta del mismo Autor sobre

Vanitas vanitatum et omnia va-

nitas. Ecl. cap. 1. vers. 2.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

POR DON JOSEPH DE PALACIO

Y NADA.

CON PRIVILEGIO.

EN LA IMPRENTA REAL.

1787

INDICE

DE LOS PARAGRAFOS del Tomo II.

Parágrafos

Folio

XVII. <i>La Vanidad se manifiesta mas en ciertos lugares, tiempos, y ocasiones.</i>	1.
XVIII. <i>La Vanidad en el amor.</i>	5.
XIX. <i>La Vanidad en la hermosura.</i>	33.
XX. <i>La Vanidad en las Mujeres.</i>	64.
XXI. <i>La Vanidad en la república de las letras.</i> . . .	93.
XXII. <i>La Vanidad de adquirir nombre inseparable de los literatos.</i> . . .	99.
XXIII. <i>La Vanidad de las</i>	le-

	<i>letras mayor que la de las armas.</i>	<i>119.</i>
XXIV.	<i>La Vanidad en la ciencia de hacer justi- cia.</i>	<i>151.</i>
XXV.	<i>La Vanidad en la sangre.</i>	<i>194.</i>
XXVI.	<i>La Vanidad en la historia de que se sirve la nobleza.</i>	<i>223.</i>

F I N.

RE-

REFLEXIONES

SOBRE LA VANIDAD

DE LOS HOMBRES.



§. XVII.

*La Vanidad se manifiesta mas
en ciertos lugares, tiempos,
y ocasiones.*

Los tiempos y las ocasiones quitan ó dán valor á la vanidad de los hombres; y aunque en ellos se vean las mismas vanidades, con todo hay vanidades predominantes, que se manifiestan mas en ciertos tiempos, y que en ciertas ocasiones se hallan mas. Asi como en las demás cosas, tambien en la

Tom. II.

A

va-

vanidad hay algunas que son como hijas de un lugar, y que en un país tienen mas reputacion que en otro. Los vicios alli parece que dependen de la fortuna: porque las ilusiones que los hombres idolátran, no tienen igual estimacion en todas partes. Asi como mudamos de destino, tambien mudamos de vanidades; no porque dexemos totalmente unas para seguir otras, sino porque hay vanidades que en ciertos tiempos tienen mas culto. Aunque la tierra sea el principio móvil de la vegetacion; con todo, no toda tierra es propia para todo vegetable: en la que nace la rosa, muchas veces se niega al lírio; en donde el jazmín se cria, se dá mal la azucena; donde el olmo reverdece, no puede tomar aliento la yedra. La misma tierra, basa de

de todo lo sensitivo, solo en Africa es pátria del leon; en América del leopardo; en Asia del elefante; el cisne solo canta en las riberas del meandro; el fenix solo en la Arabia, se dice, que sabe renacer en sus cenizas; el aguila no se remonta al sol en qualquiera parte. Esto mismo se vé en la vanidad: unas nacen con el hombre, esas son vanidades universales; otras resultan de las opiniones que son propias y particulares á cada una de las Naciones, esas son vanidades locales y territoriales: y de esta forma gobierna la vanidad el mundo, dividida en muchas clases, ó en muchos generos de vanidades. En una region la vanidad dominante consiste en el valor; en otra en el luxo; en otra en el origen. Muchos hombres hay que

hacen vanidad de algunos vicios á que los inclina la calidad del clima y necesidad del terreno ; de suerte que lo mismo que en un lugar se hace por vanidad , en otro por vanidad no se hace ; lo que en otra parte se estima por vanidad , en otra por vanidad se desprecia. Como la vanidad depende de la opinion de las gentes , por eso es tan mudable como la misma opinion: y con efecto la vanidad es esencial en el hombre , más no su especie. Vivimos continuamente con esperanza , y quando alguna nos dexa y nos engaña , luego nos dexamos engañar por otra : no podemos vivir sin aquel engaño. La vanidad que nos anima primero , anima á todas las pasiones ; solo con la diferencia que esta nuestra tierra , ó esta tierra del hombre , naturalmente pro-

produce esperanza y vanidad; y todo lo demás viene por fuerza del alioño, y del artificio.

§. XVIII.

Vanidad en el amor.

El mismo amor está sujeto á las leyes de la vanidad. ¿Quién dixera que el amor, que es como el alma de toda la naturaleza, tenga en la vanidad su principio, y algunas veces su fin? Nacer el amor de la vanidad, y morir por ella, es amor por vanidad; y tambien por vanidad no amar ó dexar de amar, parece difícil de entender; con todo, la proposición es cierta. ¿Mas cómo hemos de manifestarla, sin entrar al mismo tiempo en una sucesiva progresion respecto del amor,

respecto de la hermosura, y por consecuencia respecto de las mugeres? Sí: haremos alguna digresion; ¿mas qué importa? en todo hemos de encontrar la vanidad. Dexemos un poco á la vanidad sola; no sean todas reflexiones sobre el fin del hombre, sean algunas sobre su principio; no le busquemos en el estado en que acaba, busquémosle en el que comienza: desechemos por un instante aquel objeto triste, y busquemos en el amor otro mas alegre: hagamos de la misma digresion divertimiento, despues siempre hallaremos vanidad en la hermosura, en el amor, y en las mugeres.

El amor no se puede definir, y tal vez esta será su mejor definicion. Siendo en nosotros limitado el modo de explicar, es in-

infinito el modo de sentir; por eso no todo lo que se sabe sentir se sabe decir: el gusto y el dolor no se pueden reducir á palabras. El amor no solo ha ocupado y ha de ocupar el corazon de los hombres, sino tambien sus discursos; pero por mas que la imaginacion se esfuerze, todo lo que produxere respecto del amor, son átomos. Los que aman no tienen libre el espíritu para decir lo que sienten, y siempre hallan que lo que sienten es mucho mas de lo que dicen: el mismo amor entorpece la idea y le sirve de estorvo. Los que no aman, mal pueden discurrir sobre una impresion que ignoran: los que amaron son como la ceniza fria, donde solo se reconoce el efecto de una llama, y no su naturaleza; ó tambien como el cometa, que

A 4 *ASTORIOS* des-

despues de girar la esfera sin dexar vestigio alguno, desaparece.

Conocemos las cosas, no por lo que son en sí, sino por la diferencia que entre ellas hay; y esta diferencia consiste en no ser unas lo mismo que otras. Su esencia nos es totalmente oculta: y asi conocemos los objetos por la diversidad de las figuras, y no por su substancia. Toda nuestra noticia se compone de comparaciones: por eso lo que no tiene alguna semejanza, queda inexplicable. Esto sucede al amor:ninguno le puede explicar bien; porque nada hay á que sea verdaderamente comparable. Lo mas á que el concepto llega, es á servirse de expresiones opuestas entre sí: como quando se dice que el amor es fuego, que es nieve, que es alivio, que es pena, que es luz, que es sombra. El

El amor se distingue de las demás pasiones en tener por objeto un fin corporal sujeto á saciedad: por eso dura por intervalos. La Providencia para la conservacion del mundo suscitó el amor, no solo en los hombres sino en toda la naturaleza: aun las insensibles parece que aman y sienten; la diferencia debe estar en el modo de amar y sentir. Las criaturas son mas perfectas á proporcion que son capaces de mas amor: y asi el amor, no solo es un principio de vida, sino tambien una señal de perfeccion.

Decir que el amor procede de una cierta conformidad de humores y de genio, mas es sutileza que verdad: la Filosofia en esta parte no fué mas feliz que en otras, donde la ciencia consiste en saber mas términos y pala-

labras, y no en saber mas. Digamos antes, que el amor procede de la hermosura. ¿Qué origen le hemos de dár mas noble? La razon mas fácil suele ser á veces la mas cierta, dudese en hora buena del origen de la hermosura; pero no se dude del amor.

Cada cosa tiene un límite cierto, entre cuya extremidad se debe contener y regular: pero ese tal límite no es fácil de hallarse, y en el amor es casi impracticable, porque es una pasion que no tiene límite, y solo en el exceso se manifiesta y se acredita. No hay delirio que los hombres no disculpen quando viene de un grande amor. Hay delitos en que el perdón se alcanza en favor del mismo crimen: entonces se aborrece el efecto, más se admira la causa:

sa: ninguno quisiera el suceso en sí, mas todos envidian el motivo...

Un amor mediano y vulgar solo se ocupa en el deleyte de los sentidos, y de él hace la mayor felicidad; un amor sublime se alimenta de contemplar el objeto que ama: este es el amor humano, de quien se dice que tiene semejanza con el amor divino. Hay vicios que en algun modo parece que dán documentos para la virtud. El amor ordinario es impulso de la naturaleza: el amor subido es como una emanacion del alma. Aquel está sujeto á la saciedad y por consecuencia al dolor, porque la saciedad es una especie de dolor y de tormento; pero este no es susceptible de algun desasosiego: aquel busca fuera de sí el alivio; este halla en sí mismo el contento: uno es como

mo dependiente de la voluntad de otro; el otro es esento del arbitrio ageno. Nuestro bien solo debe depender de nosotros: por eso nos hacemos infelices á proporcion que buscamos nuestra felicidad en otra parte. Mas ¿ cómo puede dexar de ser así? Nuestro deseo no se puede contener dentro de nosotros, porque sus objetos son todos exteriores. A cada instante envejecemos, pero nuestros deseos á cada instante se renuevan y renacen. Vivimos en el mundo rodeados de una inmensidad de cosas diferentes, y estas sucesivamente ván siendo el empleo de nuestro cuidado y de nuestras atenciones: todas hallan en nosotros una cierta disposicion, que hace que á unas queremos, y á otras no: nuestras pasiones son las que escogen ó

re-

reprueban : las cosas ya vienen configuradas de tal forma , que asi que nos encuentran , luego hallan , ó un lugar proporcionado ó incompatible. La vanidad recibe y guarda todo lo que tiene grandeza y pompa : en todo lo que se manifiesta hermosura , el amor se abrasa y suspende. Todo entra en nosotros , ó por la fuerza del amor , ó por la fuerza de la vanidad : á quien la vanidad no vence , vence el amor.

No tenemos libertad para dexar de amar la hermosura del mundo y de sus partes : no tenemos libre el alvedrío para resistir al encanto que la naturaleza esconde en sus producciones. La variedad de los colores , el movimiento de los brutos , el canto de las aves , lo elevado de los montes , lo ameno de los valles ,
la

la verdura de los campos, la suavidad de las flores, y lo cristalino de las aguas: todo atrae nuestra admiracion, y todo nos infunde amor. La fábrica del Universo es como un retrato de la Omnipotencia, la grandeza del efecto indica la magestad de la causa: por eso el amor ó la alabanza de la obra cede en honra del Artífice.

Esta insigne máquina sirve de delicia á nuestros ojos, y de pasmo á nuestro entendimiento: toda se compone de partes agradables, como si enteramente fuese sacada de un fondo ó principio inmenso de hermosura. El mismo desorden y confusion de las cosas nos recrea, el furor de los elementos forma un espectáculo perfecto: el ayre con sus bramidos, la tierra con sus temblo-

blores, el agua con sus combates, y el fuego con sus incendios. En el viento admiramos un ayre ó espíritu invisible, cuya fuerza se emplea en la ruína de muchas cosas sólidas: los terremotos ya reduxeron á montes las llanuras, é hicieron las llanuras de los montes, como si el mundo no tuviera su asiento firme. Las aguas entre sí se quiebran y despedazan; y quanto mas horribles y agitadas, tanto mas nos manifiestan en líquido teatro mil vistosas apariencias. El fuego, aun quando parece rayo nos divierte, y aun quando abrasa, alumbra: la hermosura se sabe introducir hasta en la fealdad, en el horror, y en el espanto.

Vemos la perfeccion de los objetos, pero ignoramos su qualidad: por eso las amamos, porque

que el amor casi siempre huye, luego que conocemos la naturaleza de lo que ama. Los antiguos pintaron el amor ciego, tal vez para mostrar que el amor para ser constante, es preciso que sea incapaz de vér, y que la falta de luz le sirva de prision. Muchas cosas estimamos solamente porque no las conocemos; y otras, porque no las conocemos, no las estimamos: tan cierto es que no hay cosa cierta en el mundo: en los mismos principios se fundan muchos contrarios y opuestos entre sí.

Lo primero que la naturaleza nos enseña, es amar, y así el primer afecto que sabemos, es el mismo por donde nuestra existencia comienza á tener principio. Nuevos en el mundo, pero no en el amor: este se manifiesta luego

go en la cuna: allí mostramos para algunos objetos desagrado, é inclinacion para otros: á unos buscamos con risa, y de otros huímos con miedo: unos nos sirven de espanto, otros de diversion: lloramos por alcanzar unos, y tambien lloramos por evitar otros: como si el odio y el amor en aquella edad no tuviesen otro modo de explicarse, ni supiesen mas idioma que el de las lágrimas: ni tampoco es nuevo llorar de gusto, como se llora de pena.

En los primeros años de la vida toda variedad nos atrae. Entramos en este grande teatro llenos de gusto y contento, sin experiencia de las impresiones del dolor, é ignorando los efectos de la vanidad: por eso no tenemos entonces, ni pensamientos que aflijan, ni cuidados que mor-

tifiquen : no nos combaten las memorias de la muerte , y si vemos sus triunfos , ó ya en los epitáfios , ó ya en las pompas fúnebres , nos parece que está tan lejos de nosotros el estrago , que en la misma distancia en que nuestra idea le considera , se confunde y desvanece el horror : ¡Qué feliz ignorancia , y qué venturoso descuido ! En continuas travesuras pasamos aquellos años , en que nuestros espíritus , ó por mas vivos , ó por mas alegres , apenas caben en nosotros. Los campos , las flores , las aves , los rios , todo nos sirve de juego inocente y de festiva ocupacion : estos son los ensayos y preludios con que el tiempo dispone nuestra dócil inocencia , y con que un amor universal á todo quanto vemos , despues solo se reduce al amor que

que tiene por objeto la duracion del mundo, ó nuestra misma reproduccion. Por eso á pocos pasos comenzamos á sentir un nuevo impulso: el agrado comun con que veíamos las cosas, ya se distingue mirando con especialidad unas, y con indiferencia las demás, como si estas fuesen destinadas para entretener nuestras primeras atenciones, dirigiendose solo á unas el fin de la naturaleza.

Esos primeros años todos se componen de amor y de esperanza, y estos dos afectos toman la mejor parte de nosotros, ó escogen para sí aquel tiempo en que vivimos con mas vida. En su principio y en su progreso es el amor una pasion llena de entusiasmo y furor, despues pierde totalmente la violencia: por eso

amamos mas quando sabemos amar menos, esto es, quando amamos casi por instinto. Y con efecto, el amor no se introduce por discurso, y si alguna vez discurre, es señal de que está pronto á acabarse: porque el amor solo es prudente quando acaba, no porque entonces lo sea en sí, sino porque entonces amamos como queremos, y no como el amor quiere.

Se culpa al amor de vário é inconstante, siendo asi, que las mas de las veces seria mayor su culpa, si fuese constante y firme. El amor solo quando dexa de amar se enmienda; solo quando es vário se justifica; y solo quando es inconstante se disculpa. Quando comienza parece que no es error el amor, porque mal se puede evitar aquel primer ímpctu que nos atrae

atrae , aquella primera luz que nos asombra , aquel primer agrado que nos engaña : nuestra advertencia ó nuestra reflexion viene despues como remedio que siempre supone sucedido el mal. No se puede huir del rayo despedido de una nube : el amor nos alcanza aun con mas prisa y vigor, porque es rayo que se forma dentro de nosotros mismos : el valor consiste en arrancar la saeta, mas que quede despedazado el pecho.

No somos firmes en el amor, porque en nada podemos ser constantes : continuamente nos vá mudando el tiempo : una hora de mas , es en nosotros una mudanza mas. A cada paso que damos en el discurso de nuestra vida , vamos naciendo de nuevo : porque á cada paso vamos dexando lo

que somos, y comenzamos á ser otros. Cada dia nacemos, porque cada dia mudamos; y quanto mas nacemos de esta suerte, tanto mas inmediato nos espera el fin. La inconstancia, que es un acto del alma ó de la voluntad, no se hace sin movimiento: la naturaleza no se conserva y dura, sino porque se muda y mueve. El mundo tuvo su principio en el primer impulso que le dió el supremo Artífice: la misma luz, que es una bella imágen de la omnipotencia, toda se compone de una materia trémula, inconstante, y vária. Todo vive en fin del movimiento: la falta de mudanza es lo mismo que falta de vida y de exístencia; y asi la firmeza es como un atributo esencial de la muerte.

Si

Si en nada, pues, hay permanencia, y el estado de la firmeza es contrario á las leyes de la vida, ¿ cómo puede ser que haya amor constante? Eso es un imposible deseado. No hay nada esento de las revoluciones y alteraciones del mundo, todo en él se muda porque todo se mueve: por eso la firmeza es violenta, al mismo tiempo que la inconstancia es natural. Para ser firmes necesitamos de fuerza, porque tenemos que vencer la economía y orden, que no permite reposo en cosa alguna; para mudarnos, la misma naturaleza nos inclina y guía: semejante á qualquier peso que sube con violencia, y desciende por sí mismo. El movimiento y la mudanza, de que depende el sér de las cosas, también es principio de su fin. Sin

mudanza y movimiento no se puede existir, ni acabar. El mismo origen de la vida, tambien es causa de la muerte: por eso es tan cierta la muerte y tan corta la vida, porque uno y otro extremo nacen del mismo modo, y se crian en la misma cuna.

El amor es un influxo de la hermosura, por eso esta raras veces anda solitaria, y casi siempre la acompaña el amor: agradable, pero loca compañia; apetecida, pero traydora felicidad! Se compone la hermosura de una cierta modulacion de partes: obras mas del acaso que de un cuidado especial de la naturaleza; pero debe admirarse mas un instrumento, cuyas cuerdas solo producen armonia. Asi es la hermosura; y es poco de estimar aquella de donde solo resulta disonancia: asi
es

es la fealdad. La hermosura reside en una forma exterior: el amor parece que es un efecto de la voluntad, ó del deseo: aquella se muestra, esta se esconde: este es invisible, aquella se vé. La hermosura puede decirse como es, el amor no: porque quien le tiene, siente sin saber que; y quien no le tiene, aun le conoce menos.

El amor nace de la hermosura, y con ella muere: y así ¿cómo puede haver amor constante, si es tan poco constante la hermosura? Y si esta muda tanto, ¿cómo puede ser que el amor no mude? Hay tres progresos en todo quanto la naturaleza abraza: el primero es de crecer, el segundo de estar, y el tercero de disminuir: en esta ley tambien entra la hermosura, crece, está y disminuye. El amor fielmente si-

sigue á la hermosura: no se muda quando la hermosura crece: no huye quando está ; pero con ella se disminuye y acaba. El tiempo con un paso sutil y disfrazado , lentamente imprime en la belleza su carácter: ya comienza á ser tibia á la luz de los ojos : ya se manifiesta sin sabor el agrado: y ya queda sin alma la misma gracia. Se acabó , pues, la hermosura , y apenas se puede descubrir su ruína entre las mismas señales de su estrago : todos son riscos , en donde se vé como en padrones fatales escrita la impresion de los dias: todos son concavidades , en donde se muestra, como en funesto exemplo , grabado el rigor del tiempo. Esa imágen , desvelo que fué de la idolatría , cuidado de atenciones , y finalmente empleo de

tan-

tantos votos, ya se vé sin altar y sin veneracion: y trocado el culto en vituperio, solo quedó para objeto del desprecio, como si la edad fuese algun delito, ó culpa el numero de los años: asi acaba la hermosura, asi acaba su imperio, y asi acaba tambien el amor. El sol, naciendo en el oriente, viene lleno de belleza y resplandor: por eso todos son tributos, todo admiraciones, y todo amores. Las fuentes le festejan murmurando, las aves le anuncian con requiebros, y las flores con la risa le lisongean: mas despues de haver corrido (qual gigante) un camino inmenso, y despues que los resplandores se mudan en el ocaso en pálido semblante; luego acaban los amores, las admiraciones, y todos los tributos. En la misma tumba

ba en que se apaga la luz, tambien se extingue el aplauso: en la misma sombra en que se encubre el dia, tambien se esconde el obsequio: y el respeto acaba en las mismas ondas en que hace naufragio el sol.

Sucedede muchas veces mudar el amor, primero que se mude la hermosura: esto dicen que hace el amor ingrato; pero la mudanza casi siempre es culpa de la belleza, y no del amor. Naturalmente la hermosura es sobervia, vanidosa, impía y arrogante: no solo rehusa, sino desprecia; no solo desdeña, sino que injuria. Un objeto amable basta para producir amor, mas no para conservarle. El amor nace fácilmente, pero dura con dificultad, porque el imperio de la belleza siempre fué tirano y sin blandura: no hay do-

dominio permanente. El amor es acto de un movimiento repentino, su conservacion viene por discurso: por eso el primero es fácil, y dificultosa la otra. No hay encanto perpétuo: el del amor tambien tiene fin, y si dura es por intervalos; y aunque el amor sea pronto y arrebatado en conquistar, por eso mismo nada tiene seguro: porque lo que se toma precipitadamente, precipitadamente se dexa. De aqui viene, que un moderado amor suele ser durable: lo que es violento, su misma violencia lo acaba: la tormenta fuerte nunca dura. Mas no sé si puede haver moderacion en el amor. Hay muchas cosas en que la moderacion es contraria á su naturaleza, y en que la abstinencia cuesta menos que el uso limitado. El amar solamente una cosa, parece

sup

ce

ce que es mas penoso que el no amar ninguna; porque con efecto, el abstenerse es menos dificultoso que el contenerse: por eso la prision de algun modo molesta menos que una libertad restringida. El usar de las cosas con regla, trae consigo una especie de afliccion: el no usar de ninguna suerte, lo que trae es olvido. Podemos hacer costumbre de no tener ó de no amar; pero no la podemos hacer de amar ó estar debaxo de algun precepto. Todo lo que recibimos ó se nos dá con condicion, nos parece violento; miramos menos á la parte en que la cosa es libre, que en la que no lo es. La prohibicion siempre nos dexa suspensos, y como afligidos; porque nuestro deseo no tiene actividad en lo que ya es nuestro, sino en lo que

que no lo es , y que no puede ó no debe serlo. Lo que se permite , no parece tan bien como lo que se niega : lo mucho que se concede , no consuela de lo poco que se prohíbe. Por eso lo ageno nos agrada ; porque en ello hallamos una negacion , ó límite de lo que es nuestro. Vemos con sentimiento el tiempo que pasó , esperamos el que ha de venir con ansia , y miramos al presente con disgusto : asi debia ser , porque el tiempo que pasó ya no es nuestro ; el que ha de venir , no sabemos si lo será ; y solo el presente , porque es nuestro , nos disgusta. El amor está seguro en quanto dura la pretension ; lo que le pierde es la propiedad. Se sustenta mas de la duda , que de la certeza : qualquiera cosa que procura le ánima , y desfallece sino le falta nada.

Es-

Esto no es solo en el amor, en todo sucede lo mismo. Todas las pasiones se acaban así que se satisfacen: conseguido el fin de cada una, quedan luego sin vigor, y amortecidas. Ninguno espera lo que posee, ninguno desea lo que ya tiene, y ninguno se desvanece mucho de lo que ya mucho tiempo logra: y de esta suerte el amor, el deseo, la esperanza y la vanidad se acaban quando alcanzan. Y de este modo perdemos las cosas todas las veces que las llegamos á tener, ó á lo menos perdemos el gusto que nos venia del deseo, del amor, de la vanidad y de la esperanza. De aqui viene, que para reprimir las pasiones, no siempre es buen medio el reprimirlas: en la resistencia parece que se forman y fortifican mas. Algunas na-
cen

cen solo de la resistencia, y no pueden existir sin ella. De la dificultad de las cosas, inferimos su excelencia: el hacerlas fáciles y sin oposicion, es lo mismo que quitarlas la gracia que las hacia apetecibles. En todas las pasiones se halla la vanidad de querer vencer: no hay victoria sin combate, aunque la hay es sin gloria y sin merecimiento. Contra un campo abierto no hay deseo ni ardor: la vanidad tiene repugnancia de entrar pacíficamente, armada sí: la muralla incita porque impide.

§. XIX.

Vanidad en la hermosura.

La vanidad, ó altivéz de una muger hermosa es quasi insupor-

table. Aun el amor mas fino se indispone ; porque aunque jure esclavitudes , no por eso las consiente: y quando es bien entendido no suele ser vil , reverente sí. La sumision , por degenerar en baxeza , no hace al amor menos inconstante: la firmeza no se hizo para obstinacion. No es suave el yugo de la belleza : apenas se le puede sustentar el peso. La arrogancia que la acompaña siempre , exíge condiciones tan fuertes , que el mismo afecto que las acepta en el principio , por fuerza despues las desvanece; porque el amor si busca la hermosura , tambien huye de la aspreza. Un genio severo y duro no puede inspirar constancia , retiro sí: por mas que estén preocupados los sentidos , no por eso están siempre dispuestos á sufrir:

y

y con efecto, el amor se hace para delicia, y no para castigo: se hace para alivio, y no para tormento: para gusto, y no para martírio. No hay encanto que no pueda deshacerse. Por mas fuertes que sean los lazos con que el amor nos ata, muchas veces un discurso los rompe, un pensamiento los deshace; una reflexión los desata; y por la mayor parte ese discurso de que nace la inconstancia, procede de la aspereza, de la vanidad, y de la condicion de la hermosura.

La naturaleza, que en la produccion de la beldad se empeña en formar un encanto, no quiere que sea invencible su poder. Por eso en la misma hermosura incluye luego la tiranía, el engaño, y la vanidad, para que estos feos atributos, expuestos á

nuestra vista, ó sirvan de quebrar la fuerza á ese mismo encanto, ó á lo menos puedan limitarle el efecto: asi tenemos el remedio en el mismo origen de la ruína, y en el mismo mal hallamos su defensivo. Si la beldad nos atrae, la imperfeccion del genio nos desvía. Si nos eleva una imágen viva, donde en justas proporciones la naturaleza mostró sus primores; tambien una condicion áspera y desabrida nos retrae. Y finalmente, si nuestra propia inclinacion nos quita la libertad, nuestro entendimiento nos rescata. Y asi no se quexe la hermosura, ni del amor, ni de la inconstancia: vea primero si halla la culpa en sí; quanto mas, que el amor aunque ciego, no por eso se obliga á estar siempre en un lugar. A la inconstancia, aunque

que

que odiosa, no por eso la faltan los motivos que la hacen justamente ser precisa. ¡Quántas veces la virtud depende únicamente de la mudanza! Ni siempre es traycion la falta de firmeza; ni siempre el ser vário es ser infiel; ni siempre el ser inconstante es ser ingrato. Las sinrazozes de la hermosura autorizan nuestro olvido. El ser sensible es lo que hace ser amante, y quien tiene sensibilidad para amar, tambien la tiene para sentir: porque si la hermosura nos recrea, tambien la injuria nos irrita; si el agrado nos convida, el desprecio nos affige; y si el amor enfin nos llama, tambien la ofensa nos retrae.

Si es sobervia la hermosura, no es de admirar, pues es grande su imperio. Es vanidosa; mas

¿ cómo puede no serlo? Es presumida; mas ¿ qué mucho, si en viendose, su misma vista la li-songea? Es tirana, ¿ qué importa, si es virtud ese defecto, y si en ella la bondad es delito? En la hermosura se halla la circunstancia mas esencial de la luz: esta alumbra, y vuelve claros los objetos que están cerca de sus rayos; asi la belleza, pues, parece hace hermosos aquellos vicios que la acompañan. Esa fiereza, esa arrogancia, y esa misma condicion altiva, si son imperfecciones grandes en la beldad, mas lo son como las sombras que un delicado pincel dibuja y representa; no para deslucir el primor del arte, sino para realzar la fineza de la pintura. Una estrella brilla mas en el espantoso silencio de una noche obscura. La
mas

mas perfecta luz es la del sol; con todo su actividad nos molesta y deslumbra. Las cosas no por mas perfectas nos agradan mas; antes alguna imperfeccion las modifica, de forma, que quedan proporcionadas á nuestro gusto. Lo que es perfecto en un cierto grado, excede á nuestra esfera; y por eso no lo podemos gozar ni entender, porque el deseo no se extiende á donde la comprehension no llega. El entendimiento ó el alma es lo que se mueve primero; y asi todo lo que excede á nuestra inteligencia, queda impenetrable á nuestro afecto. Mil cosas hay perfectas en su genero, por donde continuamente pasamos sin advertirlo: la misma perfeccion nos ciega, y hace incapaces de admirar. Todo lo que distinguimos ó sabemos, es por

comparacion : de suerte que en no pudiendo comparar , tambien no podemos conocer. La diferencia de las cosas entre sí , es la que despierta nuestra atencion , y dá lugar á nuestro conocimiento : por eso todo lo que es formado como de un solo rasgo , de una sola linea , ó como de un solo aliento , luego se nos hace incomprehensible. El discurso no puede entrar en lo que todo es uno , igual , ó uniforme ; porque la unidad no admite combinacion , y el pensamiento no puede introducirse fácilmente donde todo es lo mismo , y donde no hay ni diversidad de substancia , ni desigualdad de materia. Podemos decir que nuestra capacidad solo tiene por objeto lo que es compuesto : por eso todo lo que es simple absolutamente

men-

mente, se nos hace un misterio, y por eso siempre oculto y escondido. Y así la división y variedad de partes, al mismo tiempo que indica un ser imperfecto, también sirve de medio que nos facilita la inteligencia de las cosas, y nos conduce á su conocimiento: y de esta suerte, alguna imperfección en la hermosura nos hace ver mejor lo que tiene de raro y admirable: algun defecto nos muestra lo que por otra parte tiene de singular: y finalmente algun vicio nos hace reparar lo que tiene de virtud: y así nos sirve de guía esa imperfección, ese vicio, y ese defecto.

Mas qué pocas veces se halla en la belleza aquel cierto grado de imperfección, que como una sombra leve, solo sirve de real-
zar-

zarle la luz. La reparticion del vicio siempre es larga y abundante, y el defecto no se comunica escasamente, sino con profusion. Lo que vemos de imperfecto en la belleza, raras veces es como una señal ó mancha breve, de que el aliño se adorna por arte y estudio: antes esa imperfeccion se extiende y crece tanto, que abraza el objeto interior, y le obscurece. Qualquiera mixtura en poca cantidad contamina la pureza de un licor: una grande porcion le disipa y ocupa todo. Ese caudaloso Tajo no le entúrvia un solo arroyuelo inmundo; pero muchos torrentes de agua impura le hacen perder el nombre y semejanza de cristal. Una sola nube no hace sombría la claridad del horizonte; mas muchas nubes juntas, hacen de un bello dia una noche

che obscura. Asi la belleza: el vicio en ella no suele ser como un arroyuelo, sino como torrente: lo que tiene de imperfecto, no es como una señal (efecto en fin de la meditacion); sino como una mancha verdadera: su defecto raras veces es leve; antes quasi siempre pesa mas que la misma hermosura. ¡Infeliz concordia, cruel compañia! ¡Quién dixera que un mismo objeto sea capaz de inspirar amor y aborrecimiento! ¿Tan poca distancia hay entre el mal y el bien? ¿entre la aversion y el afecto, entre lo perfecto y defectuoso, que en un mismo sugeto se puedan encontrar y reunir?

La vanidad de la hermosura es la mas natural de todas las vanidades: es vanidad inocente. La naturaleza en nada se recrea
tan-

tanto, como en contemplarse á sí en su obra, y en reverse en su misma perfeccion: por eso la hermosura es un encanto al que no resiste, y aun á quien la tiene: ella á sí misma se enamora, á sí se busca, amase á sí, y de sí se rinde. Es como un efecto que viene á resolverse contra su causa, ó contra su principio; y como un movimiento que retrocede, y se dirige contra su mismo impulso. La hermosura por lo que siente, sabe lo que hace sentir, y por lo que se ama, conoce que se hace amar: de aqui viene que la vanidad y altivez son como partes de que la hermosura se compone. La misma tiranía y rigor atrae: ¿y qué habrá en la hermosura que no sirva de lazo, de prision, y de amor?

Es propiedad del amor el
ser

ser violento, y de la violencia el no durar. El amor se acaba en nosotros, no por nuestra voluntad, sino porque tiene por naturaleza el acabarse; y aunque todo ha de acabar con nosotros, no todo es para nosotros. Quando amamos es por fuerza; porque la hermosura que nos inclina, nos vence. Y tambien es por fuerza quando no amamos; porque una vez rotos los lazos, quedamos de tal suerte libres, que aunque queramos, no podemos volver á ellos: y asi no está en nuestra mano el no amar, ni tampoco el amar. El corazon por sí mismo se enciende y entibia; nosotros no le podemos inflamar, ni extinguir el ardor. Aleguen los amantes esos mismos ardores indiscretos; hagan de ellos merecimiento para el favor; imaginen
en

en buena hora, que los sollozos y gemidos hacen ser debida la recompensa; exâgeren penas y martírios; y finalmente tengan la felicidad de que una beldad tímida, inocente, é incauta, crea que verdaderamente está obligada, y que debe atender y corresponder: ambos se engañan, el amante en suponer, que por amar merece, y la belleza en creer que el amor es merecimiento. No es tal, porque el amor viene de la hermosura, y no del amante: este no hace mas que recibir una impresion á que no puede resistir. Nada merece un bronce por recibir en sí la figura de una Venus: la maravilla no está en el bronce que recibe, sino en el brazo que imprime: el arte no se muestra en el metal, sino en la mano que conduce el buríl para
abrir-

abrirlo: el bronce no puede dexar de consentir la estampa, porque no tiene mas que un modo pasivo y material. Solo el brazo obra activamente: de aqui viene que quando amamos, es porque la hermosura nos obliga á amar: y asi ¿qué merecimiento puede haver en pagar un tributo natural, forzoso, é inevitable? Por eso amar, ó no amar, por razon, por discurso, ó bien por interes, no puede ser: porque los sentidos no se dexan cautivar por argumentos. De aqui viene que muchas veces se ama lo que no se debe amar: esto será porque el corazon no puede resistir á la hermosura. Lo mas que puede hacer, es callar, disimular, ocultar. Podemos no confesar, mas dexar de caer es muy dificultoso: podemos sufrir, mas dexar de sen-

sentir no : podemos no seguir, mas dexar de apetecer es imposible. Antes el sufrimiento aviva el amor, la resistencia le fortaleze, porque todo lo que se reprime se esfuerza : un arco comprimido adquiere mas vigor para quebrar la cuerda. Lo mismo es no querer, ó no deber amar, que amar. No tenemos dominio en nuestro gusto: las cosas nos agradan porque nos parecen agradables. ¿Cómo hemos de impedir que las cosas nos parezcan lo que son, y aun lo que no son ? Si los sentidos nos engañan, ¿quién nos ha de desengañar, ó cómo hemos de enmendar esos mismos sentidos engañados ? La razon y el discurso no valen, ó no saben tanto como se dice: porque lo que juzgan es por medio de algun sentido engañador. Si los ojos y oídos se

dis-

distraen y alucinan, que otros sentidos tenemos, que los hayan de contener, ó los hagan retractar. Juzgamos por lo que vemos y oímos. Estos sentidos son en nosotros como dos relatores injustos, falsos, é infieles: de aquí resulta, que quando el querer es culpa, esta no es nuestra, más sí de la hermosura que nos mueve y aprisiona. ¿Qué culpa puede tener la cera por recibir en sí el carácter de una imágen? El Mármol ¿qué culpa tiene, por conservar la forma que el artífice le dió? ¿Qué culpa tiene el lienzo, por servir de campo ó teatro á las obscenidades del pincél? Y finalmente, ¿qué culpa tiene el hierro, por ser instrumento de las heridas y de la muerte? Las cosas en sí son inocentes: el error es exterior, y viene de fuera:

Tom. II.

D

el

el mal parece que no nace ni se cria en nosotros; se nos comunica. Infelizmente nuestro corazón no es firme como el hierro, ni duro como la piedra; antes es mas tratable que el lienzo, y mas blando que la cera: es como una lámina original sin pulimento, informe, y aun sin configuracion, y en donde no hay ni amor, ni odio, ni culpa, ni merecimiento, ni virtud, ni vicio: mas es donde todo esto se hace, se pone, se introduce, y se esconde.

En todo tiempo prevaleció en los hombres el poder: ellos se apropiaron toda la jurisdiccion legislativa; la sujecion en que quedaron las mugeres, fué la pena de su primera culpa. Aquella sujecion que no debia exceder las reglas de la equidad, vino á degenerar en tiranía, y á introdu-

ducir en ellas una especie de esclavitud. Los celos de los hombres fabricaron los hierros, y la hermosura de las mugeres fué el crimen original que nunca pudieron expiar ni perdonar. La misma hermosura con que las dotó la naturaleza, les quitó la libertad: alcanzaron en la belleza el mayor favor, mas comprado por un precio inmenso, esto es, á costa de la libertad: quedaron sujetas á los hombres por fuerza, y los hombres á ellas por voluntad. ¡Infeliz y estudiado consuelo! El cautiverio suele ser á medida de la hermosura: quanto mas bellas, mas aprisionadas: para tener alguna libertad, es preciso que no tengan ninguna hermosura. ¡Cruel situacion! ¿Quién ha de trocar la una por la otra, ó quién sabe cuál de las dos es

mejor? Tener libertad y hermosura juntamente, es mucho: tener una, y perder otra, es poco. ¿Quién ha de resolverse á perder la libertad? y tambien ¿qué muger no se ha de affligir con la falta de hermosura? Las diferencias son, que la libertad, en quien la tiene, dura siempre; la hermosura no. En aquella no tiene dominio el tiempo; en esta hasta que se conocen los instantes: semejante á la gala de una flor que no tiene mas duracion que un dia. Y asi se vé, que en las mugeres la injusticia de los hombres les quita la libertad asi que nacen, y poco despues les quita la hermosura el tiempo; y de tal suerte, que ni reliquias les quedan de lo que fueron, para consolarse de lo que son. Ni puede dexar de ser: porque el tiempo, no solo des-

con-

concierta , sino destruye y arruina : cada hora dexa su señal, y los instantes , que disminuyen la vida á proporcion que pasan, tambien disminuyen la hermosura , hasta que la gastan y deshacen: semejante á una exâlacion, que en breve espacio se disipa. Los años dexan la regularidad de las facciones: más ¿de qué sirve una regularidad gastada ? Lo que en ella se vé , es como un dibuxo , que no fué hecho para imágen , sino para semejanza. Una representacion de lo que fué , siempre es triste. Por mas que la consideracion se forme una idea agradable de un monumento destrozado y antiguo , siempre lo que se admira es con lástima. La imaginacion fervorosa y fuerte puede en algun modo hacer presente lo que no es ; mas no puede

fingir tanto, que no se perciban las ruinas: los vestígios traen á la memoria la grandeza del edificio, mas siempre muestran el defecto. Esto sucede en la belleza: acábase en acabandosele la gracia: esta continuamente hu-ye, pasa insensiblemente; y lo que queda, es una estatua, una sombra, una figura.

Se ama por vanidad; y tambien por vanidad no se ama. Dí-galo aquella hermosura, á quien un voto poderoso hace perder la libertad. Ni fué inspiracion ce-lestial la que la hizo buscar la soledad de un claustro; tal vez fué un infeliz amor á quien se opuso la vanidad: ¡cruel destino! Hemos de amar á voluntad de la vanidad, y no á voluntad del amor. ¡Mas qué poco dura el amor quando no nace de amor!

No

No hay mayor combate que el que se dá entre la vanidad y el amor. Si este queda vencido, la misma vanidad llora y se arrepiente: es victoria que se forma del estrago del vencedor. Un amor desconsolado en nada puede hallar compensacion, porque esta solo cabe quando hay otra cosa que valga lo mismo: al amor no hay cosa que le iguale, ni que valga tanto. Aquella misma hermosura, á quien la vanidad dominante hizo dexar el mundo para librarla de algun amor humilde, vive sí retirada en el limitado espacio de una prision santa: más ¿qué importará que esa prision le quite la libertad de las acciones, si no le ha de quitar la libertad del deseo? Asi como no hay grillos para el entendimiento, tampoco los hay para el cora-

zon: este, aun en medio de la violencia y la tiranía, siempre se conserva esento y libre. Un velo obscuro siempre esconde, mas no muda ni deshace nada de lo que esconde; antes todo lo aumenta mas, y todo lo manifiesta aun mayor y mas claro de lo que es. Una comunidad religiosa cubierta con velos, lo que hace imaginar es que cada velo encubre una beldad; y muchas veces lo que encubre, es una fealdad enorme: el pensamiento en esta parte siempre es favorable, porque debaxo de aquellas sombras nunca se suponen otras sombras, sino luces. Hay cosas, que de ocultarse, resulta el verse mejor, con el disfraz de un manto obscuro: todo lo que está debaxo de él, se nos representa perfecto y singular: aquella especie de rebozo, de

de lo que sirve es de avivar la imaginacion, no de amortiguarla. Todo lo que se esconde nos parece admirable, únicamente porque se esconde: de suerte, que el ocultar es el medio de acreditar las cosas, y de darlas mas valor. Lo mismo es poner á los ojos un obstáculo, que hacerlos penetrantes, y ponerlos en una actividad, que naturalmente no tienen. La vista que se impide, adquiere mayor fuerza: al modo de una cuerda, cuyo vigor se aumenta á proporcion que la hacen huir del arco: la misma distancia en que algunas cosas se ponen, las hace estar mas cerca: y por este principio, todo lo que se esconde se manifiesta. ¡Quién dixera que el recato y la modestia llaman mas que desvian, sirven mas de convidar, que de despedir!

dir. El que huye , parece quiere que le sigan : quien dexa , parece quiere que le busquen : lo mismo es cubrirse el rostro , que incitar mil voluntades á descubrirle : la desconfianza hace nacer el deseo y la curiosidad. El engaño muchas veces se evita solo con no presumirlo : y con efecto , el retirarse y ponerse en defensa , es lo mismo que dár una señal de guerra. Lo que se guarda y se esconde , es lo primero que se asalta : la libertad del puesto es la que le conserva libre de invasion.

El estimarse las cosas que no tienen valor , es lo mismo que hacerlas estimables : lo que se busca con ansia no es lo que se dá , sino lo que se niega. Lo que se permite , disgusta ; lo que se rehusa , atrae : el amor no tiene saeta mas aguda que la que se arma de
pro-

prohibicion. En no tomar parece que hay mas gentileza que en aceptar : la dificultad incita. Muchas cosas no tienen otro merecimiento que ser dificultades: la resistencia es lo que mueve la voluntad. Todo lo que se concede no tiene sabor: la impugnacion hace la causa considerable , porque le dá un ayre de empresa y vencimiento. Los mas altos montes son los que se admiran, solo por la dificultad de la subida: la facilidad es aborrecida en todo : el lustre del argumento viene de la contradiccion. Esto sucede á la hermosura , á quien la vanidad aprisionó solo por librarla del amor : mas ¡ qué poco consiguió la vanidad ! Contra el amor no hay poder : apenas se puede impedir alguno de sus efectos. La causa , esto es , el amor, siem-

siempre permanece constante: la dificultad, el retiro y la prision hacen que la hermosura sea mas bella, y mas amante. La naturaleza, por hallar desvío, no se disuade: nuestra industria no la puede vencer; antes lo mismo es impedirle, que llenarla de estímulo y de aliento. Quanto mas la abatimos, mas la fortificamos: es engaño parecernos que podemos quitarle los medios: por uno que le quitamos, ella se ha de formar mil. Primero se ha de acabar en nosotros el modo de impedir, que en ella el modo de conseguir: quanto mas la queremos tener adormecida, mas la despertamos. El buscar artificios para sosegarla, es lo mismo que llamarla para el conflicto: lo mismo es reprimirla, que irritarla. Las aguas de una fuente corren
man-

mansamente y sin ruido, apenas humedecen las flores que le bordean el camino: mas si en este encuentran obstáculo, ó si algun peñasco que el tiempo arrojó del monte se fué á atravesar, é impidió el paso; entonces se vé que aquellas aguas ván creciendo sobre sí, y juntas se acumúlan tanto, que ó rompen y arrastran todo lo que las comprime, ó subiendo se elevan de tal suerte, que llegan al lugar de donde por mil partes se lanzan y precipitan. Esto vemos en las aguas de una fuente, donde no concurren mas motivos, que los que en un cuerpo fluído proceden del peso y equilibrio. Solo en las mugeres no queremos hallar naturalidades: se aprisionan porque son mugeres, como si quando vienen al mundo traxesen en la

ra-

razon del sexò escrita la conde-
nacion, y la hermosura solo se
les huviese dado para regularles
los grados de desgracia. ¿ Quién
diría á los hombres que las mu-
geres, siendo compuestas de una
materia frágil y propensa, pue-
den espiritualizarse de modo, que
todas se conviertan en discurso
racional? Trabaje en buena hora
el celo, y juntamente la vanidad:
el celo en procurar que la muger
no se incline, y la vanidad en
prescribir documentos á la belle-
za para que no ame sin ciertas
proporciones, é identidades: ni
el celo ni la vanidad han de al-
canzar el intento: el amor no
admite fuerza ni imperio; nin-
guno ama ni dexa de amar por
precepto. ¿ Quién ha de quitar el
placer que el alma siente quan-
do los ojos ó el pensamiento le
mues-

muestran un objeto lisonjero y agradable? ¿Cómo ha de ser la boca insensible al sabor de un manjar delicioso, y los oídos ¿cómo pueden dexar de suspenderse al son de una voz sonóra y llena de harmonía? Las primeras qualidades no se pueden mudar. No podemos dár leyes á las cosas, á su exterior sí: las palabras y las acciones admiten composicion y fingimiento, su substancia no: por eso no es fácil desaprobá lo que los sentidos aprobaron. ¿Quién ha de reducir la hermosura á creer que debe huir de quien la busca, que debe querer mal á quien le quiere bien?

S. XX.

Vanidad en las Mujeres.

○ ! cuántas veces un pretexto divino sirve para autorizar humanos intereses! Las cosas mas santas saben los hombres aplicar á los fines mas injustos : qualquiera sinrazon , para ser permitida, bastales que sea necesaria: el punto es que haya quien sepa introducir su necesidad. Los principios mas inalterables se alteran : el punto es que el interes ó la vanidad tomen parte : las reglas no gobiernan á los hombres , estos gobiernan las reglas. Las leyes no comprehenden al legislador, ni á los que están junto á él: las prerrogativas del poder , parece que son comunicables , hasta

ta

ta una cierta distancia, de ahí abaxo quedan siendo como una luz, cuya esfera se acabó. Solo en los efectos visibles de la Omnipotencia no vemos que ninguno se mude ni altere: el movimiento de los astros, el progreso del tiempo, la regularidad de las aguas, todo guarda un orden cierto é infalible. El Artífice supremo no comunica su poder sino á sí mismo, esto es, á su providencia: por eso las leyes que ideó en el principio y antes de los siglos, son las mismas que subsisten hoy. ¿Quién vió hasta hoy que huviese día en que las aguas no creciesen y baxasen? que el sol se apartase del zodiaco? que la luna dexase sus fases, que las estrellas fixas variasen? y que el firmamento no diese vuelta en veinte y quatro horas al Universo?

Tom. II.

E

¿Quién

¿Quién hay que no admire las sucesiones del tiempo en las estaciones del año, la vegetacion de la tierra, la produccion de los animales, la dureza de las piedras, la virtud de las plantas, la variedad de los colores, el olor de los arómas, el encanto de las voces, los impulsos de la atraccion, del reposo, y del movimiento? Finalmente, todas las cosas tambien observan el mismo sér original, la misma correspondencia, la misma economía con que el Autor del mundo las hizo: todo lo que fué de institucion divina, y que no depende de la execucion de los hombres, permanece sin alteracion; pero lo que tiene con los hombres alguna relacion ó dependencia, quedó y está sujeto á una continúa mudanza y contrariedad. Las leyes primitivas,

vas, que aun antes de ser grabadas en mármol y en tablas, fueron y están escritas en los corazones; esas son las primeras, que segun las contingencias, para no guardarse se interpretan. De aqui viene, que naciendo todos libres, contra la libertad han conspirado mas los hombres. Las clausuras, que fueron santamente instituidas, y practicadas prudentemente, despues no sé si vinieron á degenerar en cierto modo á quitar la libertad á los hombres y á las mugeres. En estas veo caer el rigor del exceso: no hablo de las que por desengaño y conocimiento propio buscan aquel estado de virtud; pero sí de aquellas á las que se hace tomar aquel estado, ó por castigo de lo que hicieron, ó por castigo de lo que podrian hacer:

y con efecto, el poder en algun tiempo delinquir, les sirve de delito. En ellas el mal futuro é incierto ya se supone presente: el poder algun dia suceder, vale lo mismo que el suceso: la disposicion para ser, es lo mismo que haver sido: la posibilidad, es lo mismo que realidad: y de esta suerte el castigo llega antes que el pecado, la pena viene primero que la culpa, y el suplicio antecede al crimen. ¡Cruel cautela, venganza premeditada! La vanidad y zelos de los hombres parece que acusan á las mugeres aun antes de nacer: las mismas partes son Jueces. Por eso luego ván previniendo las cárceles para donde destinan aquellas infelices, y á donde las conducen antes que ellas se conozcan, y pocos años despues
que

que nacen : así debia ser , porque siempre fué propiedad de la víctima el ser inocente. Allí se ván acostumbrando á los hierros, á manera de una fiera presa , que ya no siente el peso de la cadena; antes con ella juega y se divierte, á proporcion que la arrastra y mueve. Se aprisionan las fieras, y tambien las mugeres : aquellas por causa de la braveza , estas por la mansedumbre : aquellas porque se enfurecen , estas porque se enternecen : aquellas porque asustan , estas porque agradan : unas porque es necesario huir de ellas , otras porque es necesario que ellas huyan : y finalmente, unas porque matan, y otras porque dán vida. La prision con poca diferencia es la misma ; los motivos son contrarios. A lo interior de un desierto inculto se

ván á desentrañar las fieras , se prenden para que no hagan mal: este es el pretexto , pero la verdad es , que se prenden las fieras para que sirvan de recreo , y tambien de lisonja á la vanidad , en ver sujeto por industria y arte lo que no se sujeta por fuerza ni voluntad. Las niñas que fueron encaminadas para los claustros , es para que sigan en ellos el ejercicio de las virtudes , este es el pretexto ; pero la verdad comunmente es para que las mugeres no se inclinen ni amen desigualmente : el interes es de la vanidad , por eso las mugeres que se ofrecen á Dios por aquel modo , no se ofrecen mas que por vanidad. Son como oblaciones de engaño , que siendo la apariencia una , el objeto es otro ; y son como el incienso , que se hace arder

en

en una parte, porque el ayre di-
vierta el humo por otra. Imagi-
nan los hombres que han de enga-
ñar á Dios, y para eso entran pri-
mero á engañarse á sí mismos. Co-
mienzan á querer persuadirse que
obran bien, y si la conciencia
les contradice é inquieta, para so-
focarla no faltan opiniones, doc-
trinas y consejos: todo en orden
á que, propuesto el caso, reves-
tido de ciertas circunstancias, que-
de pareciendo lícita la impiedad,
la transgresion, y la violencia. La
regla de que un mal es permiti-
do para evitarse otro mayor, los
hombres la han extendido y su-
tilizado tanto, que de ilacion en
ilacion vienen á llegar al punto,
que no hay mal por muy grande
que sea, que no sea tolerable:
y de la misma suerte, de con-
secuencia en consecuencia vienen

á concluir, que no hay iniquidad que no sea á veces necesaria, ni injusticia que no sea justa. Préndanse, pues, las mugeres, para que se evite el mal de que ellas amen, sean conducidas por fuerza á los claustros, para que no suceda que las amemos nosotros, salgan de la cuna para aquellas sepulturas, porque puede haver peligro en la demora; y asi conozcan la muerte antes de conocer la vida; y sepan como es la prision, antes de saber como es la libertad.

Todo nuestro ingenio se esfuerza en poner las cosas en una perspectiva tal, que vistas de un cierto modo, queden pareciendo lo que nosotros queremos que sean, y no lo que son. El discurso es como un instrumento lisonjero, por cuyo medio vemos
las

las cosas grandes ó pequeñas, falsas ó verdaderas : nuestro pensamiento no se acomoda á las cosas , se acomoda á nuestro gusto. El amor , la vanidad y el interes son los moldes en que se forman y configuran para presentarse á nosotros : y con efecto , ninguna cosa se nos muestra como es , contra nuestra voluntad. Nunca estamos tan indiferentes como nos parece : las pasiones no consienten neutralidad. Lo que entendemos que no nos importa , suele llevar consigo un interes oculto por donde nos importa mas. El amor y la vanidad á veces se concentran y disfrazan tanto , que dentro de nosotros mismos no los podemos descubrir : apenas se hacen visibles por las obras , semejantes á el fuego escondido en un pedernal , que no se dexa vér sino

to-

tocado por el eslabon. De aqui viene, que todo lo que hacemos es sin percibir el principio por-que hacemos: por eso lo que se hace por amor ó vanidad, nos parece que se hizo por zelo, ó por virtud. ¿Cuál es el hipócrita que conoce su hipocresía? ¿Cuál es el vanaglorioso que conoce su vanidad? ¿Cuál es el amante que conoce su delirio? ¿Qué fácil es distinguirlo todo en los otros, y qué dificultoso el distinguir algo en sí propio: ¿Cuál es el padre, á quien el hijo parece feo? No solo hay generacion de hijos, tambien hay generacion de acciones. Nuestras maldades no nos parecen mal, porque son nuestras: nosotros somos los que las producimos. La naturaleza no solo es madre de lo que hace perfecto, mas tambien de lo que hace defec-

fectuoso: es piadosa aun con un monstruo, no por ser monstruo sino porque ella lo hace. La tierra, no solo cria la rosa sino tambien sus espinas: no se empeña en producir lo bueno, sino en producir: la perfeccion de alguna suerte, no se comprehende en el orden de la maternidad, es como advertencia externa, y accidental. En las acciones de los hombres, tambien debe de haver alguna especie de fecundidad: esta queda satisfecha, solo con las acciones. Se contenta con ser progenitora, la qualidad de lo que produce queda siendo como materia separada: por eso toda nuestra inclinacion se dirige á obrar, y la qualidad de la obra es eleccion del amor, del interes, y de la vanidad. ¡Origen depravado, pésimos consultores! ¿Qué puede pro-

producir el amor sino desvaríos? ¿Qué se puede esperar del interés, sino injusticias? Y la vanidad ¿qué puede hacer sino tiranías? Estas son las que guían para los claustros tantas hermosuras desgraciadas: no son desgraciadas por ir á los claustros, sino por el modo con que ván. ¿Qué mayor desgracia que dexar el mundo por fuerza, y llevarlo en el corazón? ¿Cómo ha de llegar á la tierra de promision, quien lleva el Egipto en la memoria? ¡Quántas estátuas de sal se habian de vér, si las mugeres se convirtiesen en ellas por mirar, para el siglo que dexan! ¿Las galas con que ván adornadas es el encanto que las vá suponiendo y engañando el dolor: semejantes al cordero manso, que primero le cubren de flores

pa-

para irle á entregar á las llamas: adornos alegres y lucidos, mas funerales. ¿Quáles son las mugeres que no lloran al proferir las palabras fatales con que se obligan hasta la muerte? Esta sentencia irrevocable ellas mismas son las que cantando en altas voces la públican: ¡mas qué poco puede encubrir el fingimiento del canto la verdad de la lamentacion! ¿Qué dulzura puede haver en una voz agonizante? La consonancia siempre se viene á terminar en llanto: no son voces, son ecos del corazon. El eco es el fin de la voz que acaba, por eso todo eco es triste porque es fin: y con efecto, lo que se vé en aquella hora, es el fin de una muger que acaba. El mismo velo que la cubre, es luto: todo en ella son señales de afliccion y tormento,

to, por eso lleva los ojos baxos, errantes y confusos, los pasos mal seguros, el aspecto vacilante y tímido; y asi mas parece que camina para el túmulo que para el tálamo. Las lágrimas, fieles intérpretes del alma, son las primeras que reclaman todo quanto alli se dice y se promete. Ellas niegan lo que las palabras afirman: ¿á quién hemos de creer mas? Por las lágrimas se explica el alma, por las palabras muchas veces se explica el engaño. Quien llora, ciertamente siente: quien habla, solo se explica. Por fuerza podemos decir lo que no queremos, ni sentimos; mas no se puede sentir ni querer por fuerza lo que en la verdad ni se siente ni se quiere. La lengua sabe mentir, los ojos no: por eso los votos que se hacen con violencia,

cia,

cia , siempre se hacen con lágrimas : y tambien por eso raras vezes se cumplen , porque el corazon y la voluntad no prometieron nada. Lo que solo exteriormente se promete , solo exteriormente se guarda : las palabras sin intencion no forman sacramento. Lo que se hace por temor , no obliga : un sacrificio involuntario , es sacrificio de sangre ; y Dios no se agrada ya de los holocaustos.

Más ¿ qué grande diferencia va de una muger que profesó por fuerza , á una que profesa por voluntad ? Esta dexó verdaderamente el mundo , la otra apenas mudó de lugar : ambas entraron en el templo , pero una solamente entró para profanarlo : una fué llamada por Dios , la otra fué mandada por los hombres : una fué

pa-

para hallar un Esposo Divino, la otra fué porque no halló un esposo humano: ambas fueron para la Religion: pero solo una quedó religiosa: ambas profesaron, pero cosas contrarias, porque lo que una profesó, no quiso profesar la otra: ambas dixeron lo mismo; pero una solo dixo de boca lo que la otra tambien dixo de corazon: una hizo el sacrificio, la otra solo hizo la ceremonia: una hizo lo que la otra representó: una hizo lo que mostraba que hacia la otra, solo hizo la forma, ó la figura: ambas se obligaron á los tres votos, pero una fué con intencion de observarlos, y la otra sin intencion ninguna de cumplirlos; y esto es porque una dexó sus pensamientos fuera, y la otra ni los dexó ni los llevó: ambas
iban

iban para jurar guerra al amor y á la vanidad, pero la una aun queria paz con la vanidad y con el amor, ésta aun tenia los ídolos enteros; y la otra ó no los tenia ó los tenia ya quebrados: finalmente ambas estaban en el camino de la virtud, mas no por eso ambas eran virtuosas. Por un mismo camino iban á partes diferentes: el mismo viento sirve para muchos rumbos: la misma estrella sirve de guia para los que navegan encontrados: á veces el origen del bien produce el mal: en el mismo lugar en que nace la vida se cria la muerte: las cosas que son contrarias en el fin, á veces son las mismas en el principio: de un mismo tronco nacen ramos opuestos: por una escala suben unos y bajan otros. La Religion es la escala por donde se

sube al cielo, mas á ninguno se se ha de hacer subir por fuerza: porque están á el riesgo de caer. Muchas mugeres entran en las clausuras; pero unas ván á ser piedras del escandalo, y otras ván á ser imágenes de una alma santa. Unas ván á pervertir, y otras á edificar: estas son las que aun estando en la tierra ya están viendo los cielos abiertos. ¡Almas felices, pues que desde el instante en que fueron á buscar á Dios, comenzaron á ser bienaventuradas! Y qué bien vinieron á saber, que para hallar á Dios basta buscarle: unidas en espíritu á un Esposo eterno, cuyo amor es Divino, cuyo poder es Supremo, y cuya misericordia es infinita, ya parece que viven transformadas en él. ¡Feliz semejanza de una transubstanciacion

cion prodigiosa! ¿Y quién duda que es celestial una alma en quien Dios vive, y que vive en Dios? Por eso en ella puede poco la humanidad: porque la misma gracia que la ánima, también la exalta y fortifica: la mortificación no la sirve de tormento, de alivio sí: su martirio es su gloria. ¡Qué medio admirable de convertir en gusto las penalidades de la vida, y qué remedio infalible para que el dolor sirva de delicia!

Que se enfurezca el mal, que el universo tiemble, y que las nubes lluevan rayos, nada atemoriza á una conciencia justa: la virtud lleva consigo la tranquilidad. Esta es semejante á un día sereno y claro, en que todo el horizonte se cubre insensiblemente de una luz brillante é igual, y

toda la naturaleza se alegra, y llena de vigor y aliento: entonces se vé que los campos váriamente matizados, muestran la verdura mas vistosa, y que de mil producciones diversas forman un laberinto fácil, vivo, y agradable: entonces el ayre puro es inmóvil, hace que las fuentes corran y no murmuren, que las aves canten con mas suavidad y mas ternura, y que las flores crezcan libremente. Asi debia ser, porque en un bello dia no hay viento que encrespe las aguas, que perturbe las aves, y que deshoje las flores: solo entonces los montes son anfiteatros que sirven de hermosura á los valles, y estos por su silencio son los que dispiertan en la memoria una contemplacion activa, llena de fervor y sentimientos. Finalmente

en

en una alma virtuosa todo es descanso y paz. En este estado vive la que entró á ser religiosa verdadera: la otra que solo entró á serlo por el modo de la ceremonia, vive afligida, arrepentida, y disgustada: todo parece que la molesta, nada alcanza, siempre trae oprimida la voluntad, el deseo ansioso, la esperanza cansada, los pasos irresolutos, y el pensamiento ocupado en ambiciones, amores, y vanidades. No puede haver mayor desasosiego: porque la ambicion, por mas que consiga, nunca se contenta: y la envidia, que la acompaña, solo le hace notar con aversion los bienes de los otros: la vanidad en presunciones y altivezes, se consume: la arrogancia que la asiste para su confusion, hace acordar en las gentes la noticia de un ori-

gen miserable, y por consecuencia de un injusto y mal fundado orgullo. Todo amor se compone de ansias y suspiros: un amante, solo en quanto llora es firme: ama en quanto tiene de que quejarse: lo que hace acabar el amor es la ventura. ¡ Rigurosa felicidad! pues para existir es necesario que no llegue, y para durar, es necesario no la haya. Siempre el amor depende de contradicciones, y de implicancias: y asi se vé, que la vanidad, el amor, y la ambicion, son los verdugos de una alma pecadora: por eso vive en sobresaltos; y cuidadosa sin saber de qué, está inquieta sin saber por qué. El encanto de la culpa, por mas que quite de la memoria los motivos, no la puede quitar su angustia: á cada paso le parece que la tierra

ra

ra se conmueve, ó que se abre el abismo: el ruido de una hoja que cae, la suspende: en cada voz juzga que vé la fatal sentencia, que siendo dada condicionalmente en el principio del mundo, solo se publica en su fin. El sábio que comparó los zelos al infierno, tal vez hubiera hecho mejor, si al infierno comparase la fealdad del pecado: y con efecto, si hay algo que se parezca al infierno, ciertamente es el pecado, y á este solo el infierno puede ser de algun modo comparable: asi debia ser, porque el uno fué hecho para el otro. Entre todo lo que causa espanto, solo el horror de una noche obscura es semejante á la culpa. Y á la verdad: ¿qué mayor horror que vér la tierra cubierta de sombras, y combatida

de una tormenta furiosa? Las piedras parece que se quiebran, las torres que se precipítan, los edificios que se abaten, y los árboles que se arrancan: la fuerza de la tempestad, todo lo que encuentra deshace, y despedaza todo lo que se resiste: lo que es sólido y seguro, está mas expuesto y arriesgado. En la fortaleza consiste el mayor peligro: ya no es uno, sino muchos vientos, que entre sí pelean: las gentes, unas asombradas buscan en las llanuras un amparo menos dudoso: las mismas fieras dexan las cavernas: á todos parece que es menor el mal, entregandose á él sin abrigo y sin defensa: otras con súplicas, con votos y protestas recurren á el favor de la Omnipotencia, y procuran hallar en los templos un asílo sagrado: la
luz

luz repentina y pálida de los relámpagos, á cada instante se muestra, y los ojos tímidos y asustados tambien á cada instante se cierran: alguna vez habia de causar pavor la luz. Siguese despues un diluvio de agua, abrense las cataratas del cielo, los elementos se unen como para destruir la habitacion y habitantes de la tierra, mil inundaciones arrastra para el mar las señales lastimosas de las ruínas: alguna vez habia el mar de recibir en sí los restos del naufragio. Esta pintura que la imaginacion dibuxa, y que la experiencia muestra, es el retrato de una alma en culpa: esta, debaxo de un semblante alegre, encubre sustos, temores, y agonías: el pecado tiene horas en que dentro de nosotros mismos nos acusa, y esas son las horas por don-

donde comienza la pena del pecado. Por conocer el crimen comienza su castigo: ¿y quién hay que no conozca su culpa? Esta, lo que la hace criminosa, es el conocerla: la inocencia no es mas que una falta de saber: la ignorancia hace los brutos impecables.

Todas las mugeres saben que el buscar la clausura por voluntad es el medio de evitar el vicio, más ¿qué importa? No por eso ván por aquel camino, si no las llevan: no basta que las guien, si tambien no las arrastran. ¡Cruel condicion de la naturaleza humana! ¿Qué oculta simpatía tendrá con nosotros el mal, que antes le queremos seguir por entre espinas, que al bien por entre rosas? El camino que conduce para las moradas del cielo, por mas que sea ancho y alegre, nos pa-

-nob

re-

rece estrecho y triste; y el que conduce para las felicidades de la tierra, por mas que sea triste y estrecho, parécenos alegre y ancho. Mas qué ha de ser, si somos tierra, compramos el vicio á costa de trabajos y aflicciones. La virtud no la queremos de gracia, y al vicio estimamos: porque depende de objetos exteriores, y estos muchas veces costosos, inciertos, y arriesgados: despreciamos la virtud, porque solo depende de nosotros. Buenos podemos ser siempre, porque basta que lo queramos ser: para ser nosotros malos, necesitamos de ocasion. ¿Quántos daños trae consigo la facilidad? Los tres votos, que se juzgan tan pesados quando se profesan, son los mismos con que todos venimos al mundo: todos nacemos pobres, castos

y

y obedientes. La pobreza y la obediencia, quien las conserva es por fuerza: la castidad solo por voluntad se puede conservar. Y con efecto, ¿quién ha de asegurar un voto que se quebranta solo con el deseo? La castidad del cuerpo dificultosamente se guarda; la del alma aun con mas dificultad: no sé en qual de las dos consiste la castidad verdadera. Si consiste en la del cuerpo, esa es material, y está sujeta á mil enfermedades, y accidentes, y tal vez puede perderse sin consentimiento de quien la pierde: y seria injusto que una qualidad tan bella, y en que se funda la virtud mas superior, quedase dependiente de la fuerza, del tiempo, de la opinion, y tambien de algun suceso involuntario. Es pues, en el alma en donde

con-

consiste la castidad mas perfecta y verdadera.

§. XXI.

Vanidad en la república de las letras.

En la república de las letras no hay menos vanidad que en la república de las armas. Es una vanidad metafísica, espiritual, y que en su origen tiene una existencia vaga é inconstante; mas por eso mismo es mas vana que otra ninguna vanidad. Sus objetos son los discursos y la disputa: objetos sin cuerpo, vanos por naturaleza é instituto. El campo de esta vanidad es la imaginacion: campo vasto aun quando es infecundo, y que brota lírios y violetas quando no produce

ro-

rosas y azucenas. Así que entramos en el mundo, entramos también á defender nuestra opinion: en este combate se pasa enteramente la vida. La guerra del entendimiento no tiene fin, sino con nosotros: guerra feliz en que ninguno queda vencido, ó á lo menos, ninguno cree que lo fué, y donde cada uno por su parte canta la victoria. La razon nos arma contra la razon misma: cada uno juzga que la tiene de su parte, que la vé, que la toca, y que la conoce; siendo así que quasi siempre lo que tenemos por razon no es mas que su sombra, y aun esa misma sombra es tan obscura y escondida, que quando la hallamos, es mas por suerte que por experiencia, y mas por acaso que por estudio. El tener ó no tener razon, es verdaderamente la guer-

guerra en que se pasan nuestros dias y años. El no tener razon arguye vicio en la voluntad, ó error en el entendimiento: ¿qué defectos estos, para que la vanidad los reconozca?

Contra nuestro parecer nunca hallamos duda bastante; contra el de los otros sí. La vanidad es ingeniosa en alabar todo lo que viene de nosotros, y en reprobar todo lo que viene de los demás. En las producciones del ingenio hay una especie de creacion: de aqui procede que ninguno se desdice sin repugnancia, porque la naturaleza es inflexible en el intento de conservar lo que produce, y la vanidad nunca renuncia el lustre de la invencion. Queremos producir mucho, y meditar poco: por eso erramos. Mas despues que el error se natura-
li-

liza en nosotros , ya no le vemos, sino baxo la figura de razon.

Es mas fácil sustentar una opinion mala que escoger una buena, porque el error es como un edificio , cuya fábrica exterior se compone de una infinidad de ángulos : con alguno de estos encuentra el discurso fácilmente, porque son muchos. En lugar que el acierto es como un punto fixo en el medio de una esfera : el discurso, que anda vagando y rueda, no vé el punto, porque este es solo uno: del mismo cuerpo nace la sombra que le encubre. Son innumerables las líneas que se pueden tirar de una circunferencia para un centro comun, alguna línea se ha de vér , porque son muchas, y el centro no, porque es único. La superficie del globo, impide el que se pueda vér su

con-

concauidad; ó se ha de vér la una, ú la otra: ambas al mismo tiempo no puede ser.

Sobre el mismo caso hay muchas mas opiniones, y solo una es buena; por eso esta se halla con dificultad, y la otra con facilidad: hay mil caminos que ván á parar á una mala opinion; y solo uno conduce para la que es buena. La rectitud de una línea solo se hace de un modo; por eso es dificultosa: la obliquidad se hace de muchos; por eso es fácil. Cada cosa que vemos, es por entre una infinidad de otras; la opinion tambien se muestra por entre una infinidad de otras opiniones; y de la misma suerte la razon que se ofrece, es por entre una infinidad de otras razones. En este laberinto nos perdemos. Cada cosa tiene tantas

partes por donde puede considerarse , que de qualquier modo que la imaginemos, siempre hallamos argumentos , que ó nos persuaden el error, ó nos confirman el acierto. De aqui viene que hay opiniones para todo , asi como para todo hay exemplos: lo que nos parece que no tiene duda, es en donde á veces la hay mayor. Las aguas del oceano , por mas que sean cristalinas , no por eso dexan vér el fondo que las sustenta. ¿ Qué importa que sean claras , si son profundas? Recibimos las ideas que el entendimiento nos propone , ó ciertas , ó dudosas: y asi las conservamos. El enmendarlas es dificil : porque la enmienda depende del mismo entendimiento que yerra. La vanidad hace la obstinacion , porque es como un Juez inexôrable que nun-

nunca muda, ni reforma; si es que el amor de la produccion no concurre aun mas á ello.

§. XXII.

Vanidad de adquirir nombre, inseparable de los literatos.

La vanidad de adquirir nombre es inseparable de todos los que siguen la ocupacion de las letras; y quanto mayor es la vanidad de cada uno, tanto es mayor su aplicacion. No estudian para saber, sino para que se sepa que saben: buscan la ciencia para mostrarla. Su objeto principal es la ostentacion; y asi no es la ciencia que buscan, sino la reputacion. Esta es como las otras, en que el adquirir es mas fácil que el conservar: y verdaderamente

el conseguirse un nombre puede ser obra de un dia, ó de una hora; el conservarle es empresa de toda la vida. De el acaso de un suceso puede resultar un nombre grande; mas de un acaso no puede resultar su conservacion. Bien puede uno ser feliz por acaso; mas no puede por acaso ser siempre feliz. La fortuna no solo gobierna las armas, sino tambien las letras: porque la memoria, si una vez se permite con abundancia, se niega otras mil. En qualquier estado se tiene la reputacion por felicidad; pero esta es dificil de conservar á proporcion de su grandeza. Algunas veces puede depender de nosotros el buscar una ocasion favorable, de que venga á proceder un gran nombre; pero no está en nuestra mano el hacerle durar. Un merecimien-

to,

to, ó un saber pequeño, puede hacer adquirir una gran fama; y el mayor merecimiento junto con el mayor saber, no basta para conservarla. Por mas bien fundada que sea una grande reputacion, no por eso es posible tener segura la opinion de las gentes. Los hombres se cansan de admirar: pasados los primeros ímpetus en que las cosas raras atraen como por fuerza nuestra alabanza y aprobacion, despues la vanidad de quien admira, es la primera que se disgusta é irrita contra todo lo que vé superior. Una qualidad eminente que vemos en los otros, se nos presenta como adversa y opuesta. La vanidad ó envidia que produce, no solo se dirige contra la opulencia agena, sino tambien contra la agena sabiduría: la ciencia no tiene ma-

sup

G 3

yor

yor enemigo que la ignorancia. Todo lo que está en lugar alto, molesta nuestra vista y atención; solo lo que está en el lugar que nosotros estamos, no nos ofende. La igualdad y uniformidad es natural en todo: por eso los que se apartan de esta ley universal, quedan siempre odiosos á los que se conservan en ella. Hay muchos medios para subir, la vanidad es la que guía á todos: y con efecto, sin vanidad ninguno sube, ni procura subir. Estos sí, quedan confundidos en una vulgaridad obscura, mas ninguno les examina, si los pasos con que suben son justos ó injustos. Las alas de la vanidad tambien se derriten: quien no tiene vanidad, no despierta la de los otros contra sí.

Los que creen que saben mas
que

que los otros , ó se engañan , ó se persuaden bien. Si se engañan, el mismo engaño les sirve de burla: si se persuaden bien , la vanidad de la ciencia los hace tan feroces y severos , que se vuelven insoportables. La ciencia humana comunmente se reviste de un ayre intratable: imágen tosca , desagradable , y sin pulir. La especulacion trae consigo un semblante distraído , y desprecia-
dor: ¿ quanto mejor es una ignorancia civil? Toda ciencia se corrompe en el hombre , porque este es como un vaso de iniquidad , que inficiona todo lo que pasa por él: las cosas trabajan por acomodarse al lugar donde están , y tomar sus propiedades ; solo con la diferencia , de que las cosas buenas se hacen malas , pero estas no se hacen buenas. En las Sociedades,

el mal es mas comunicable ; la perdicion es mas natural ; lo que es bueno mas presto vá á perderse , que á mejorarse. Los frutos de la tierra quando llegan al estado de madurar , no permanecen en él , ni retroceden para el estado de verdor ; antes caminan hasta que totalmente se arruinan : por eso el ultimo grado de perfeccion suele ser el primero en orden á la corrupcion. En lo que la Providencia no prefixó un ser permanente é inalterable , la naturaleza no cesa de moverse en quanto no deshace , en quanto no corrompe , y en quanto no acaba. La ciencia halla en el hombre propension para la venganza , para la ira , para la ambicion , y para la vanidad. Ninguna de estas inclinaciones le quita , antes las conforta ; porque la ciencia no
vie-

viene á hacer un hombre nuevo: asi como lo halla, asimismo lo dexa. Las noticias que algunos fueron alcanzando con la sucesion de los tiempos, y que para hacerlas respetables, y conservarlas en una magestad primitiva, las fueron caracterizando con nombres pomposos y poco inteligibles, unos latinos, otros griegos, otros arábigos, como filosofia, geometría, algebra; estas tales noticias, á que llaman ciencias, no se adquieren brevemente, ni es trabajo de un dia, sino de muchos años, y de toda la vida. Y de esta suerte antes que una ciencia se nos entrañe, necesita de tiempo para unirse y familiarizarse con nosotros, y para consubstanciarse con todos nuestros vicios, y con todas nuestras inclinaciones.

naciones. De esta forma, quando las ciencias llegan, no es para enmendarnos, porque ya vienen tarde; y si entonces nos enmendamos, esa enmienda no es efecto de la ciencia, sino de nuestra debilidad. Los hombres mas fácilmente se mudan que se enmiendan: quien se muda es el tiempo, la ciencia no. Comunmente lo que nos hace dexar los vicios, es la imposibilidad de conservarlos; y aun entonces lo que perdemos es su uso, y no la voluntad: dexamos el exercicio, y no el afecto: desistimos de la ocupacion, y no de la inclinacion: y finalmente, nosotros no somos los que dexamos los vicios, ellos son los que nos dexan. Los seguimos de lexos, y por mas que los sigamos cansados, nunca los perdemos de vista: quando no

po-

podemos ir, los objetos nos arrebatan. La memoria de nuestros vicios pasados, nos está sirviendo de vicio presente: ¿y quién sabe cuáles son los que obran con mas vigor y mas activamente? La imaginacion no es tan sin cuerpo como nos parece: talvez no tendrá de menos, sino el ser mas sutil, y de esta qualidad lo que puede resultar es el ser mas durable. No sé si hubo ya quien reparase que los gustos de los sucesos son menos atractivos en la realidad de lo que son despues de traídos á la memoria. La complacencia no es tan fuerte la primera vez que se muestra, á la verdad, como quando se repite y representa siempre en la memoria. El susto del peligro no es tan grande en el instante que sucede, como despues que

que se recuerda : y esto es , porque el cuerpo es susceptible de un pasmo tal , que quede como absorto , inmoble , é insensible. Solamente la imaginacion no se entorpece fácilmente : por eso recibe las impresiones del gusto y del pesar en toda su fuerza y extension. El pensamiento es el lugar en que la naturaleza se concentra y fortifica : de aqui viene , que todo quanto se siente ó se vé con el pensamiento , queda mas visible , y mas sensible. No es , pues , la ciencia la que nos enseña ; el tiempo sí. La ciencia es como un cristal claro , que puesto sobre una mala pintura le dá lustre , mas no le hace mejor ni de mas valor. La luz , que es símbolo de la perfeccion , no hace mas perfecto nada de lo que alumbra : cada cosa guarda su de-

defecto original ; y asi debia ser, porque la naturaleza de cada cosa tambien se compone de su defecto , y á este quien le quita deshace la misma cosa , porque la desune , y separa. En qualquier compuesto , no solo es parte principal lo que hay en él de excelente , sino tambien lo que tiene de inferior. El dividirle ó enmendarle , seria lo mismo que perderlo : en un medicamento tambien entra el simple amargo ; y este si se quita , queda el remedio sin virtud. Todo es singular en su especie : el verdadero sér de las cosas no depende de la aprobacion de nuestro gusto. De parecer mal , no se sigue que lo sea : las cosas menos estimables , y aun las mas aborrecidas , tuvieron famosos apologistas. Regulamoslo todo por nuestra sensi-

si-

sibilidad, y en esta suele haver engaño. Esto viene á ser lo mismo que pesar con un peso falso, medir con una medida errada, y calcular con un compás incierto: la fidelidad está en el instrumento que pesa y mide. Juzgamoslo todo segun nuestra razon y ciencia: ¡miserable instrumento mil veces falso, y engañoso! La ignorancia ha producido menos errores que la ciencia: esta lo que tiene de mas, es que sabe introducir, esparcir, y autorizar. Segun nuestra vanidad, el errar importa poco, el punto es sustentar el error: y de esta forma lo que la ciencia nos trae, es saber errar con método.

Y con efecto, ¿en qué se acuerdan los sábios? ¿Cuál es la doctrina en que todos concuerdan? ¿Cuál es el sistema en que

to-

todos convienen, ó cuál es el principio en que todos se fundan? Sola la vanidad es cierta en todos. No hay furor á que un hombre no se entregue, solo por la vanidad de ser cabeza de un dogma, ó de una opinion. Veamos qual ha sido el destino de la filosofia, que se dice ser la primera de las ciencias. Los discípulos de Aristóteles se dividieron en dos sectas, ó en dos parcialidades: una fué la que llamaron de nominales, y otra la de los realistas. Los nominales decian que las naturalezas universales no eran mas que nombres; los realistas, siguiendo opinion contraria, afirmaban que aquellas naturalezas verdaderamente existian en la realidad. Ocam, Frayle Inglés, y discípulo de Scoto, fué cabeza de los nominales, y Juan Duns

lo

lo era de los realistas. Estos seguían á Aristóteles mas literalmente: los otros no admitían ninguna entidad superflua, teniendo siempre por infalible el axioma del Filósofo, quando dice que la naturaleza nada hace en vano. Estas dos sectas hicieron en Alemania tal progreso, que una materia inútil, indiferente, y puramente de opinion, vino á parar en hacerse de ella un punto de honra. La vanidad de discurrir mejor, animaba con tal exceso á todos, que los argumentos solamente se decidían con las armas: los combates particulares vinieron finalmente á reducirse á una guerra viva. Se introduxo aquel mismo fanatismo en Francia, y llegó á tal extremo, que Luis XII para evitarle determinó que en todas las librerías se cerrasen con

ca-

cadenas los libros de los nominales, para que ninguno los pudiese abrir ni leer. De aquella suerte vino á quedar la Doctrina de Aristóteles tan desfigurada por las sutilezas con que cada una queria sustentar la vanidad de su opinion, que esa fué la causa principal de despreciarse la filosofia, y de quedar despues odiosa á todos. Los libros de Aristóteles fueron llevados á Francia en el siglo XIII por los Franceses que habian ido á Constantinopla: Amauri, que entró á sostener sus errores segun los principios de aquel Filósofo, fue condenado como herege por un Concilio de París, celebrado en el año de 1206. Este Concilio prohibió totalmente la lectura de Aristóteles, y condenó sus libros al fue-

Tom. II.

H

go:

go: la misma prohibición se volvió á renovar por un Legado, solamente respecto de la Física, y Metafísica. Gregorio IX disminuyó la prohibición del Concilio de París por una Bula expedida en 1231, prohibiendo la lectura de las obras de Aristóteles, solamente en quanto no se extirpaban los errores que resultaban ó podían resultar de su Doctrina. En 1366 los Cardenales Juan de San Marcos, y Gil de San Martín, Delegados por Urbano V para reformar la Universidad de París, concedieron que se pudiesen leer varias obras de Aristóteles, exceptuando su Física. El Cardenal de Estoureville en 1452, haciendo varios reglamentos para la misma Universidad por mandado de Carlos VII, ordenó que los Estudiantes y Bachilleres, fuesen

exâminados por la metafisica y moral de Aristóteles. En 1601 concedió la Universidad de París el uso y leccion de las obras de aquel Filósofo , y juntamente de su Fisica ; y á imitacion de la Universidad , comenzaron todos los estudios públicos á seguir la filosofia peripatética. Esta fué combatida en 1624. por conclusiones: pero la Facultad de Teología de París , y el Parlamento tomó su defensa : la Sorbona hizo un Decreto , por el qual censuró aquellas conclusiones , y el Parlamento en un acuerdo hizo tres ordenanzas : la primera que aquellas conclusiones se hiciesen pedazos : la segunda , que todos los que las hubiesen defendido, fuesen borrados de los libros de las matrículas: la tercera , que todos los que enseñasen algu-

nas máximas, que fuesen contrarias á los Autores antiguos y aprobados, incurriesen en la pena de muerte. En 1629 declaró el Parlamento: que no se podian impugnar los principios de la filosofia de Aristóteles, sin impugnarse tambien los de la Teología escolástica recibida en la Iglesia: pero no obstante todas estas prohibiciones y declaraciones, entró Gasendo á escribir contra aquellos principios, y Cartesio se hizo cabeza de un nuevo sistema ó nueva secta. Despues de estos comenzó la filosofia de Aristóteles á perder mucho de su primer lustre. Hoy todas las filosofias se componen de matemáticas; de suerte que ya no hay silogismo que concluya, si no está fundado en alguna demonstracion geométrica. En la Fisica no se está
por

por lo que se dice, sino por lo que se vé; poco importa que se afirme que este ó aquel méteoro procede de esta ó de aquella causa, sino se muestra por medio de alguna experiencia ó instrumento. La formacion de las nubes, del viento, de la lluvia, de los rayos, y terremotos, y de otros muchos efectos naturales, la chîmica, no solo enseña como se producen, sino tambien los imita, y esto sin ser necesario saberse si el silogismo está en *Barbara*, ó en *Celarent*. Un alambique, un eolípilo, una máquina pneumática, y la mixtura de varios cuerpos, explican mas en una hora, que un profesor de filosofia en mucho tiempo: el entendimiento percibe mejor con el auxilio de los ojos, que por sí solo. En las mismas ciencias tambien ha

havido fortunas y desgracias: todas hallaron un tiempo feliz, y otro infáusto. La vanidad de los primeros maestros, continuada en sus sucesores como herencia, fué la fuente de que nacieron las ciencias: de estas la monarquía principal es la Europa. En la mayor parte del mundo el desprecio de las ciencias pasó á ser religion: y asi debia ser, porque la vanidad que resulta de las ciencias, es vanidad de hombres libres, y estos solamente los hay en la Europa: el despotismo reduxo las otras partes á esclavitud. ¿Qué vanidad puede haver en un esclavo? Este, ya sea valeroso, ó sábio, náda de eso es suyo: el valor y sabiduría tambien entran en la esclavitud: la vanidad que el esclavo puede tener, tambien pertenece al señor: el

el edificio, la carroza triunfal, el alfange, la péndula, son instrumentos en sí incapaces de vanidad: de su bondad solo el señor se desvanece. Asi son los esclavos: si hay autómatas en el mundo, son ellos.

§. XXIII.

La Vanidad de las letras es mayor que la de las armas.

La vanidad de las letras es mayor que la de las armas: estas tienen ocasiones de mas pompa, de grandeza, y admiracion; pero todas son semejantes al rayo, cuya luz y estrépito se extingue en un instante. Los Hé- roes nunca llegan á durar un siglo: sus acciones no duran mas, si la fortuna no les dá en la re-

pública de las letras alguna pluma ilustre, que conserve la vida de aquellas mismas acciones ya sucedidas, ya pasadas, y ya muertas: la vanidad de las ciencias, por ser una vanidad pacífica en la apariencia, no dexa de ser altiva y arrogante. Las aguas que ván haciendo espumas, y corren con ruido, no son las que asustan mas; las que parecen negras, que pasan en silencio, y que apenas se mueven, esas son en donde el peligro es cierto. En las playas es donde el mar se levanta mas, y hace estruendo: en donde hay peligro verdadero, en donde las ondas como en campo ancho, en sí mismas se abren, se suspenden, y revuelven. No tiene el mar bramidos ni furor; mas allí es donde el riesgo es grande. El daño no suele estar tan-

tanto donde se muestra, como donde se esconde: así son las letras, y así son las armas. Estas hacen el rumor, aquellas el estrago: las armas hacen el mal, mas acaban con él; las letras el mal que hacen, dura: las armas cansan, las letras no; la espada no siempre puede usar de fuerza y de traycion, la pluma siempre puede ser traydora y alevosa: es arma que no puede precaverse: quanto mas ligera y sutil, mas peligrosa. De aqui viene el ser las letras en algun modo inexpugnables, y por consecuencia vanidosas, porque el ser invencible precisamente influye vanidad. Los combates de las ciencias entre sí son invencibles, donde ninguno se rinde; y el rendirse valdria lo mismo que una confesion expresa de ignorancia: y con efecto,

to,

to, de quien cede nunca se presume haver cedido porque conoció la razon agena, sino por falta de saber sustentar la suya. La flaqueza no se atribuye á la proposicion, sino á quien la defiende: de suerte que la ciencia no consiste en saber conocer, sino en saber responder y arguir: por eso quien mas dice, es quien mas sabe. Las letras no se suelen tomar por el peso, sino por el vólumen: se hacen recomendables por la extension: el punto es que crezcan en la cantidad, la qualidad es materia indiferente. Ellas no abultan por lo que son, sino por lo que suenan: se regulan por el aparato, y no por la substancia: se estiman por lo que parecen, y no por lo que valen. Lo que importa en ellas, es tener en lo exterior un brillante falso, cuyo

yo resplandor hurtado deslum-
bre los ojos de quien le qui-
siera vér de cerca; basta que la
atencion quede asombrada con
el aspecto de una imágen nueva,
aunque en la verdad no sea mas
que una fantasma: la superficie
debe estar cubierta de una cla-
ridad intensa y fuerte; el fondo
sea en hora buena confusion, ce-
guedad y cahos. Solo lo que es
precioso, es lo mismo todo en sí,
y lo mismo en todas las dimen-
siones; el diamante no tiene parte
en que no sea diamante, la rueda
que le pule, por mas que le mul-
tiplique las caras, en todas le
halla igualmente duro: no es mas
sólido en un lugar que en otro:
la porcion que el engaste cubre,
no es inferior á la que se mues-
tra: la luz por todas partes en-
cuentra en él la misma resisten-
cia,

cia, por eso retrocede reverberada como en vibraciones de varios colores. No son así comúnmente las letras, lo que hay en ellas de agradable, es lo que queda expuesto á la vista, y por eso adornado de emblemas, de proporciones, de correspondencias, y figuras: lo mas es un laberinto informe, rudo, é indigesto: el metal bruñido aplicado por fuera, no dexa vér por dentro el palo sin lustre ni valor.

Son raros los que en las letras buscan la ciencia: lo que buscan es utilidad y aplauso: este es el objeto de la vanidad, aquel de la ambicion. Otros hay que quando buscan las ciencias, en ellas lo buscan todo, no solo interés, alabanza, y aprobacion de los hombres, sino tambien un quasi dominio de ellos. Las letras son

ar-

armas con que quieren adquirir sobre los demás hombres, un derecho de conquista: esta idea ó esperanza, parece que nace con ellos, y con ellos crece. Aun están en los primeros elementos de las primeras artes, quando luego se proponen aquel intento: á esto encaminan todos sus pasos: de las virtudes y de los vicios siguen los que conducen para aquel fin: y así no son virtuosos ni viciosos por naturaleza, sino por ocasion. La naturaleza no los hizo malos ni buenos: ellos se hacen así, por seguir lo que la ocasion pide. Siempre están prontos para dexar la virtud, y abrazar el vicio; y tambien para dexar este, y abrazar la virtud, con tal que de eso dependa su elevacion. Deslealtad, fé, religion, hipocresía, todo para ellos vale lo mismo: miran

ran los vicios y virtudes como varios instrumentos de que un artífice perito se sabe servir á tiempo, no segun lo que la razon pide, sino segun lo que pide la obra. Para que ninguno los siga ni conozca, ván deshaciendo ó escondiendo los grados por donde suben, y solo en el ultimo se muestran, mas entonces ya tienen en la mano el rayo: ya no son imágenes de pequeña consecuencia, son constelaciones formidables y funestas: á aquella altura ni un incienso llega: el respeto mas profundo, es vulgar: lo que exigen, es silencio y adoracion, y aun esta ha de ser á lo lexos, porque el llegar á ellos de algun modo es sacrilegio. Los sábios venturosos de todo hacen alas, hasta de las cosas mas impropias, para volar: por eso qualquier

quier crimen en ellos viene á ser una accion justa; en los otros una culpa leve, es delito atroz: para todo tienen una multitud de aplicaciones, é inteligencias: estas son las que dán el sér á todas sus cosas, y todas en sus manos mudan totalmente de figura: nada les parece como parece á los otros: quieren reformar el mundo, poco reformados en sí. Sobervia, ambicion, grandeza, son los tres polos en que se establecen, y se fundan: aquellos son los ídolos á quien únicamente sacrifican, y de quien ellos son al mismo tiempo retratos y originales, ídolos é idólatras, narcisos de sus acciones, y sobre todo de sus letras: ellos son los primeros que se admiran, y se aplauden; y todo con tal arte, que aquella admiracion sin fé, por

por tener en ellos mismos un principio errado, y sospechoso, ellos de tal suerte la esparcen, que despues de introducida, viene á servirles de título legítimo: y si hay por acaso quien dude, ya es tarde, porque en la fama tambien cabe prescripcion: es como una posesion que queda por prueba del dominio. El vulgo todo lo que recibe, es sin exâmen; y despues, antes quiere permanecer en el error, que entrar á exâminar: y con efecto, es mas fácil ir con los que andan, que parar para suspenderlos. Por eso los que adquieren opinion de sábios, quedan graduados por aclamacion; mas esa opinion la deben á la fortuna, y no á sí, porque las mas de las veces apenas saludaron de lexos las letras: y asi se verifica que á quien tiene fortuna, le
bas-

basta el saber poco, si es que para la fortuna el saber no basta. Tan cierto es que las cosas se implican y confunden tanto, que en las mismas razones en que se funda la razon que afirma, tambien se puede fundar la que niega: de aqui viene, que es motivo de una grande vanidad el saber retorcer la fuerza del argumento contra quien le hace como un guerero, que desarma á otro para dexarle sin defensa, y rendirle con sus propias armas. Tambien con el discurso fabricamos armas contra nosotros, y esas son las mas fuertes, porque es como un mal que se forma dentro de nosotros, y es mayor á proporcion que es nuestro: el daño exterior admite mas reparo.

No son las ciencias las que suelen pacificar el mundo, des-

Tom. II.

I

or-

ordenarlo sí. El ejercicio, ó la vanidad de las letras, toda se compone de disputas, objecciones, y dudas: la disputa en sí es mas principal que la materia de la cuestión: se alteran los ánimos, mas no se persuaden, porque no disputan por la razón, sino por la disputa, y esta quando se acaba, es porque se acaba el tiempo dado para disputar. El relox aparta los combatientes, estos se separan, pero ninguno se vá sabiendo mas: porque como en el argumento no buscaban la verdad, por eso esta queda siempre ignorada, oculta, y desconocida. El punto es que quede satisfecha en uno la gloria de arguir, y en otro la vanidad de responder, y asi no se tratan las cosas, tratanse las palabras de ellas: de aqui viene que el quedar ven-

ci-

cido en la forma, es lo mismo que quedar vencido en todo; porque la substancia es como agena é idiferente. De dos textos contrarios la fatiga que resulta, es ver si hay medio de poderlos unir y conciliar: que la razon esté ya en uno, y no en otro, eso importa menos: el arte está en sutilizar de suerte, que ambos textos se conserven, y que á ninguno se quite su autoridad magistral. Quítese en buena hora la fé á la verdad y justicia, pero no al texto: este siempre debe servir de regla, por mas que sea regla errada, y no derecha. El empeño de la vanidad no está en descubrir la verdad, sino en ostentar: v.g. una erudicion rabinica, y mostrar que en lengua hebrea la palabra *alma* nunca significó otra cosa sino *virgen*. Como la

vanidad de las ciencias trae consigo un deseo inmenso de adquirir nombre, este parece que se adquiere á fuerza de voces, y estas, debiendo ser de fuera, suelen salir del mismo sábio pretendido: él es el que entona el cántico, y siempre halla en la turba quien le siga. En la confianza de comenzar se halla una especie de valor, de que la fortuna se enamora: la resolución de adquirir lauros y palmas, hace parecer que son suyas. Mucho ha que las ciencias tienen el privilegio de poder por sí mismas coronarse, y con efecto, el saber en la realidad mas ó menos, es secreto, que queda escondido: estamos por lo que indican las insignias; y en las letras, una parte de lo que vemos, son edificios vanos, compuestos solamente de un sobervio
fron-

frontispicio ; y este , por mas que manifieste un fondo grande, quien le busca no le halla : por eso tiene cerradas las puertas ; y si alguno entra , es de aquellos que saben el defecto , y tienen interes en él : los mas todos son profanos. La sabiduría humana es como la cortina del teatro ; en ella se vén pintados primorosamente gero-glíficos , medallas , inscripciones y atributos , y en la variedad de acciones y sugetos se suspende la vista ; y el corazon que admira , todo se dexa penetrar de un respeto ó miedo venerable ; mas si alguno , impaciente é indiscreto , corre la cortina y entra , lo que vé , es un lugar obscuro , ocupado, sin orden, ni aseo ; vé actores aun cubiertos de ropas miserables ; algunos vestidos de gala , y empuñado el cetro (ador-

nos ajenos y supuestos) vé llegados á una luz desanimada repasando de un papel inmundo las palabras de que la memoria se encarga con trabajo ; otros delante de un espejo sombrío ensayando los pasos , y las acciones , el gesto, disfrazando los semblantes de un aspecto alegre ó triste, de un ayre de soberanía , de valor , y de justicia : vé las actrices , que no menos cuidadosas , alli mismo se visten y adornan : y que algunas , á pesar del tiempo y milagros del artificio , juzgan que repáran en brevísimos instantes la ruína que hicieron en muchos años ; semejantes á las serpientes quando se renuevan , mas no tan felices. Todas en un espejo portátil estudian amor , desdén , severidad , contentamientos , lágrimas : todo lo aprenden en el cristal,

tal, maestro mudo y fiel, que mudamente enseña la propiedad, el ayre, la gracia; mas qué importa: el ayre es vano, la gracia es engañosa, y la propiedad es falsa; el representar es mentir. Desde que la escena comienza hasta que se acaba, no se vé mas que un fingimiento de acciones, y de figuras. Quien mas se distingue, es quien mejor explica lo que no siente, y quien parece mejor lo que no es: el arte no está en imitar, sino en fingir; las sombras substituyen el lugar de las cosas; y la relacion de la historia, queda siendo la historia misma. El mentir de aquel modo, es un medio cómodo para imprimir fácilmente en la memoria los sucesos pasados; es una tradicion que se comunica agradablemente, no solo por lo que se oye, sino

tambien por lo que se vé. Alguna vez habia de ser util el engaño, y con efecto, de aquella suerte vemos los combates sin peligro, las virtudes vemos con gusto; y si vemos tambien los vicios, es sin entrar en ellos, para aborrecerlos por la fealdad con que se muestran, y no para seguirlos. En teatro mayor, y en mayor escena se pasan y representan las vanidades del mundo, y entre ellas, la vanidad de las ciencias. El hombre no se entiende asi, y piensa que entiende la fábrica de los cielos: ignora el orden de su propia composicion, y cree que no ignora de que se compone la tierra: no sabe la economía de sus mismos movimientos, y juzga que sabe como se mueve el universo: finalmente, no conociendose á sí, presume que

que todo lo mas conoce. La vanidad de saber parece que arrebatata al hombre, y que en espíritu le hace circular los orbes celestes; alli cuenta el numero de los cristalinos, vé la esfera del fuego, y mide la distancia, el giro y grandeza de los Planetas; pero asi que vuelve en sí, nada de lo que tiene en sí sabe, ni conoce: vé un cuerpo sábiamente organizado, y en él halla voluntad, inteligencia, ira, aversion, vanidad, deseo, esperanza, amor: halla una sangre que se mueve, y un calor que le anima: todo distingue con nombres diferentes: pasiones, sístole, diástole, espíritus vitales, húmedo radical; estos son los nombres que erradamente dán á las cosas, no siendo sino nombres de los efectos. Lo que se conoce, ó sabe, es

es el efecto de las cosas por la distincion de los nombres ; mas el conocer el nombre no es conocer la cosa. Todos sentimos la impresion del ardor, mas ninguno sabe como se hace esa impresion, y de esta suerte lo que conocemos es el efecto del frio , y no el frio : vemos la determinacion de la voluntad , mas no sabemos el cómo la voluntad se determina. ¿Quién es el que sabe de donde viene el agrado de la armonía, ni el desagradado de la disonancia? Una voz suave nos encanta , un sonido áspero y agudo nos molesta ; mas ¿quién ha de decir de donde procede la suavidad ó la aspereza en el sonido? Los efectos mas sensibles y ciertos , son los del dolor, y tambien del gusto ; ¿mas quién es el que conoce de qué se origina el gusto, ni de qué se forma

ma

ma el dolor? Aun los efectos de las cosas conocemos mal, solo los sentimos; parece que solo tenemos sensibilidad, y no conocimiento: lo que conocemos, es porque lo sentimos: de nuestro sentir resulta nuestro modo de conocer. Los primeros principios y movimientos los reservó para sí la Providencia; el hombre solo quedó expuesto á ellos para admirarlos, y no para saberlos. La vanidad de las ciencias se cansa en congeturas, que hace pasar por demostraciones: quando supone que halla la parte en que puede desatar ó no, entonces la aprieta mas: los discursos se pierden en la inmensidad vaga de una materia impénetrable: la naturaleza sabe eludir todos nuestros estudios y conceptos: no es mas fácil en lo que muestra que en

en lo que esconde : no es menos reservada en lo que produce la superficie de la tierra , que en lo que forma en su centro : solo ella conoce sus leyes , y secretos. Vemos nacer la flor , crece á nuestra vista , mas no por eso sabemos cómo la flor nace , ni cómo crece : la dificultad siempre queda la misma. Todo nuestro ingenio se evapora en bellas fantasías , y en razones notables ; mas estas solo sirven de engañar , ó entretener á la mocedad que comienza , y aun no sabe por experiencia que lo mas de que el mundo se compone , no se puede enseñar ni aprender. La vanidad de la sabiduría humana no se funda en la certeza de la ciencia , sino en la certeza de la cátedra : esta á modo de una torre inexpugnable infunde terror,
y

y el discípulo dócil é inocente, recibe como de un oráculo las decisiones del maestro. Los que están debaxo de la disciplina, vén el bonete doctoral, como si fuese un resplandor, de cuya luz no se duda: por eso la vanidad del maestro exíge respeto, y credulidad: esta es la primera lección. Siempre nos parece que la verdad está en el lugar mas alto, y que brilla mas: y si la buscamos en otra parte, es sin ansia, ni cuidado. El aparato exterior, no solo nos dispone, mas tambien nos persuade: los ojos asombrados, no dexan el ánimo libre para resistir: la singularidad de la pompa no solo autoriza, sino autentica; no solo lleva asi nuestra atencion, sino tambien nuestra sumision; no solo nos hace obedecer, sino creer.

Los

Los sábios de la tierra no son los mas propios para su gobierno. Las repúblicas que se fundaron, ó se quisieron gobernar por sábios, se perdieron, se acabaron: tenemos noticia de ellas por lo que fueron, y no por lo que son. Roma, esa ilustre capital del mundo, ó á lo menos de la mayor república que el mundo vió: esa universal conquistadora, para cuya gloria concurrió la fortuna mas constante, y cuyo poder se manifiesta aun, ó ya referido en sus fastos, ó ya representado en los vestígios preciosos de las ruínas, como en obeliscos, arcos triunfales, columnas, circos, aqueductos, urnas sepulcrales: esa ciudad altiva, en que el mundo se quiso resumir y abreviar: ella misma cuenta la decadencia de su esplendor nativo, desde aquel
tiem-

tiempo en que las ciencias llegaron al mayor auge. Julio Cesar, famoso héroe, y sábio capitán, fué el que en los campos de Farsalia cortó de un golpe inevitable la libertad á la patria, y se hizo al mismo tiempo señor de ella. ¡Quién dixera á Roma, que en su propio seno se habian de formar sus primeros hierros; y que las hachas para abrasarla, se habian de encender dentro de sus muros! Roma, siempre vencedora, é invencible, cesó de serlo, así que halló en un hijo ingrato un sábio armado. Las mayores crueldades, ó fueron hechas ó aconsejadas por los sábios: estos, quando persuaden el mal, es con tanta vehemencia y tan eficazmente, que las gentes de buena fé buscan y practican ese mal, como por entusiasmo, y sin ad-
ver-

vertir en él. La impiedad es una de las cosas que la ciencia enseña; no porque ese sea su objeto, ó instituto, sino porque quando la impiedad es útil, á fuerza de adornarla, se le quita el horror. La vanidad de las ciencias no consiente que haya cosa de que no pueda ni se sepa aprovechar. Los errores comunmente son partos de la sabiduría humana: el errar propiamente es de los sábios, porque el error supone consejo y premeditacion: los ignorantes casi proceden por instinto. La ciencia sabe legitimar el error, la ignorancia no: por eso en esta no hay peligro de que ninguno le apruebe; en lugar que en aquella, hay el de que la multitud le siga. El error en la mano de un sábio es como una lanza penetrante y fuerte:

en

en la de un ignorante es como una arma quebrada, sin uso, ni consecuencia. Todo quanto hay, parece que lo recibe mas de la forma que se le dá, que de la naturaleza que tiene: no se atiende á la substancia del mármol, á lo pulido sí: la dureza importa menos que la figura. Las ciencias son las que dán el lustre á todo, y siempre dán el que les parece, ó dudoso, ó falso, ó verdadero: la vanidad es el artífice.

Los Héroes son los que combaten, los que vencen, y conquistan; pero los sábios son los que en algun modo reynan, y gobiernan. El trabajo y el peligro es de los héroes; de los sábios es el fruto: aquellos se contentan con la gloria del vencimiento, estos lo que quieren es la utilidad de la victoria: unos reser-

Tom. II.

K

van

van para sí. la vanidad del nombre, otros no quieren mas que servirse de la autoridad de él: el guerrero siembra sangre para que el sábio coja flores. Es cierto que cada Potentado no es mas que un solo hombre: en la campaña sí puede comandar á muchos miles: una voz, una señal, un clarín basta para hacer mover un cuerpo formidable; pero en la paz no es así, porque en ella el gobierno es como una guerra civil, que se hace entre los mismos ciudadanos, y entre los mismos naturales: entonces mandan los sábios. Por ser guerra sin estruendo, no es menos arriesgada: en ella se vén trayciones, ataques, sutilezas, que en guerra viva decide la espada. En la paz decide la pluma: esta tambien corta, aunque no tan de priesa, y en esto mismo consiste uno de sus

sus modos de cortar. La lentitud aflige á modo de un martírio , que para ser mayor , se hace por arte dilatado: y con efecto , la muerte parece que no es muerte quando llega , mas sí quando está para llegar. El ultimo instante es insensible , porque es como un tiempo que no se compone de tiempo. El dolor para hacerse sentir , necesita de espacio : por eso la agonia no es quando uno acaba , sino quando está para acabar. Asi son las dilaciones , de que en el ócio de la paz se forman los conflictos : estamos viendo acabarse nuestra vida , sin que se acabe nuestra dependencia : esta vá quedando como herencia ; y para ser herencia infeliz , sin estimacion , ni precio , siempre pasa con la qualidad de incierta , y dudosa , porque siempre queda dependien-

te de la inclinacion , del arbitrio , y del juicio humano: esto es lo mismo que no quedar sujeta á cosa ninguna cierta , sino á una pura suerte. La fortuna , el tiempo , la ocasion , el humor , la hora , tienen mas parte en las decisiones que la ley , la verdad , y la justicia : esta , ó su imágen simbólica , en una mano tiene la balanza , y en la otra la espada. Más ¿ qué pesa en la balanza ? Ponderaciones , discursos , y argumentos , son por donde el derecho se gobierna ; mas no se pueden pesar , porque no tienen cuerpo , ni entidad : y asi ya tenemos la justicia impropia , hasta en la misma idea de su representacion : y si la quisieremos defender por su antigüedad , convengamos en que las razones se pesen. Más ¿ en qué manos ha de es-

estár la balanza para ser fiel? En las de los hombres ciertamente no; en las de una Diosa sí. La espada tiene mas exercicio en la justicia; por eso siempre está en accion, esto es, levantada: y con efecto, el herir es mas fácil, porque es mas fácil tambien el descargar el golpe que el suspenderle: la fuerza que suspende, es violenta; la que descarga es natural. Más; cómo puede la justicia tener en la espada un exercicio justo, si la balanza en la mano de los hombres no tiene uso, y si le tiene, es solamente imaginario, y en la realidad impracticable? La espada depende de la exactitud de la balanza, y asi viene á depender de un instrumento inútil: depende de una balanza cierta, para saber el cómo, el cuándo, y en qué caso ha de herir,

rir. Mas para nuestro mal , la balanza en la mano de la justicia pintada , es la que se vé ; no porque dexé de haver hombres justos , sino porque la justicia verdaderamente no se puede pesar: es un acto de discurso , y este en cada hombre es siempre incierto , vágo , y dudoso. Para dár á cada uno lo que le toca , no basta tener una voluntad perpetua y constante ; en esa misma voluntad es donde el error se introduce. Finjamos que el discurso es como un campo ancho , en que la verde primavera hace nacer aquella multitud de hermosas flores ; mas entre estas , ¿ quién impide que no nazca alguna flor con vicio , ó alguna planta agreste , inferior y errante ? Las flores nacen en el campo , los discursos en nosotros : felices son las flores , pues fue-

fueron producidas en la tierra humilde, y por eso mismo incapaz de vanidad, y aun llena de simplicidad virginal: infelices los discursos, pues naciendo en nosotros, nacen de un limo pecador, y por eso tierra ingrata, impura, y adulterada.

§. XXIV.

Vanidad en la ciencia de hacer Justicia.

Solo Dios gobierna solo. Los Potentados no pueden gobernar sin tener varias gerarquías ú ordenes de Magistrados: en estos delegan el poder. Los Magistrados subdelegan aquel mismo poder en otros, y estos le vuelven á subdelegar: asi se forma un cuerpo vasto, compuesto de muchos

chos miembros, y todos animados por un mismo y único poder. Este, visto y tomado en su primer origen, es justo, pío, verdadero, generoso, legítimo, protectivo, paterno: es un poder en que parece está depositado ó delegado el poder de Dios. Después que sale de aquel centro para dividirse ó repartirse, luego se altera. Mientras está en el trono, es puro; si se aparta de él, degenera: es como un árbol que se trasplanta para un terreno impropio. Las aguas son limpias quando nacen; después se hacen inmundas, según los lugares por donde corren. El espíritu no anima lo que está fuera de su cuerpo: y el alma que parece que habita en todos los miembros, huye, y se retira de los que fueron separados. La claridad de la luz

no

no se comunica bien, si la distancia en que está es excesiva: el fuego no tiene calor sino dentro de la esfera de su misma actividad: las cosas puestas fuera de su region, toman una naturaleza contraria, y quedan otras. ¿Qué cosa puede haver que parezca estar mas fuera de su region, de su esfera, y de su centro, que el exercicio del poder, y de la justicia en la mano de los sábios? Estos son pródigos de aquellos atributos, usan de ellos como cosa prestada y agena: la ciencia que los hizo subir, es la que desprecian mas; no porque totalmente desprecien la ciencia, sino porque esta prescribe ciertos modos y límites, que no se pueden pasar, ni dexar de llegar á ellos: esta necesidad sirve de angustia. Es aprieto el

el haver de seguir precisamente un camino prescrito y determinado: la vanidad de la ciencia, no se acomoda á seguir; lo que quiere es que la sigan; no quiere observar la regla, quiere hacerla. Los sábios sufren mal el ser executores, y no legisladores; y con efecto, la execucion solamente pública una especie de servidumbre: por eso cada uno se forma una ciencia particular, y esta es la que propiamente es suya: de aqui vienen los diversos pareceres. Ni puede dexar de ser, porque ningun sábio se gobierna por los principios comunes á todos, sino por los que solo á ellos son comunes; y quando recurren á los principios de los otros, es para confirmacion de los suyos. Más ¿cómo puede no ser asi, si es regla, que en
cier-

ciertos casos no debe la regla servir de regla, ni el principio de principio, ni la ley de ley? Entonces viene á consistir la observancia de la ley en su transgresion, la conformidad con el principio consiste en apartarse de él, y la sujecion á la regla consiste en violarla: de esta suerte viene la ciencia á ser una facultad arbitraria, y fundada, mas en el conocimiento de los casos, que en el de las leyes. Estas son las que se aplican, y en caso de aplicarse, tienen el peligro de que se quebranten, ó tuerzan: ellas se quiebran ó se tuercen, aun sin ser por flaqueza de quien las aplica, sino por culpa de ellas mismas. Vemos á los sábios casi siempre desunidos: todos estudian las mismas leyes, mas en el modo de aplicarlas ninguno concuerda. No

solo disputan quando aprenden, sino tambien quando saben: en disputar pasan todo el tiempo de aprender, de enseñar, y de usar. El que argumenta y duda mas, es el que dá mejor señal de sí: el saber dificultar mas, es lo mismo que saber mas: el aplauso no sigue á quien quitó la dificultad, sino á quien la puso; ni á quien la deshizo, sino á quien la hizo: la ostentacion no está en hacer vér la verdad, sino en arguir, y destruir todo lo que se afirma. ¡ Célebre ciencia, en que los ignorantes, parece, que están de mejor partido que los sábios! Estos vén tanto, que la multitud de lo que vén los confunde y ciega: aquellos vén menos, y por eso vén mas. La abundancia de ciencia hace á los sábios pobres de saber: en este caso la

sa-

sabiduría está en poder volver al estado de ignorancia ; como el que retrocede á buscar lo que perdió. Alguna vez sucede á quien camina , el pasar mas adelante del lugar á donde vá: entonces , quanto mas camina , mas se pierde, porque busca adelante lo que ya le queda atrás: tanto yerra quien anda menos como quien anda mas; y tanto se desvia quien no llega al lugar , como quien le pasa. Un viento muy fuerte , aunque sea favorable , es tormenta : la luz, no por ser muy intensa es mas clara : las aguas que corren precipitadas , para poco sirven: la grande velocidad las hace inútiles é incapaces: el peso no solo queda errado por tener de menos , como por tener de mas: las cosas, no solo se arruinan por flaqueza , sino tambien por for-

ta-

taleza: la salud demasiada pasa á enfermedad: el precepto, no solo se quiebra por la disminucion de la observancia, sino tambien por el exceso. Algunas virtudes hay que son vicios moderados: la templanza es como una raya, que está entre el vicio y la virtud, y que distingue el bien del mal. En las ciencias tambien se peca por saber en ellas mas de lo que se debe saber. Nuestra comprension no es infinita: despues que recibe cierta porcion de inteligencia, queda sin poder recibir mas; y si se le quiere introducir con violencia, se cansa, y queda como flaca y débil. Despues que un vaso está lleno de licor, lo que se le echa de mas se pierde; y muchas veces de su mismo fondo se hace levantar un barro sutil, que le empaña. De
aquí

aquí viene que los sábios son comunmente confusos, detenidos, é irresolutos, como quien lleva sobre sí un gran peso, que siempre vá con miedo de caer. La inmensidad de reglas, de opiniones, y de doctrinas, de tal suerte los preocupa, que quedan como aprisionados, é inmóviles. La variedad de razones contrarias que un sábio halla en qualquier cosa, le suspende; de forma que queda sin saber qual razon ha de seguir. En todas considera fundamentos admirables para ser aprobadas, y para no serlo tambien; en todas considera fundamentos grandes. De aquí vienen las dilaciones, irresoluciones, y perplexidades: este es el caso, en que lo que no decide la inclinacion, lo decide la hora. La fortuna es la que mueve la pluma que ab-

absuelve, ó condena. El sábio que fluctúa en medio de razones y oposiciones iguales, finalmente allí se dexa llevar por alguna razon exterior, é indiferente. Las circunstancias remotas, que no tienen relacion ni conexiõn alguna con la materia, entran en concurso con las que forman el cuerpo y substancia de ella. El litigante á quien el Juez vió ó habló ultimamente: el que sabe ser mas cortesano, cuya voz es mas sonora, y cuyo nombre es fácil de pronunciar ó de escribir, ese es el que vence, y á quien se dá la palma: esta no fué quitada del campo de la pelea, sino de otro lugar extraño é independiente. Asi gobiernan los sábios: por eso hay tanta incertidumbre, y mudanza en sus decisiones. Lo que uno dice, otro reprueba: lo que

uno

uno hace, otro enmienda; y muchas veces en la enmienda está el error: semejante al mal que procedió únicamente del remedio. Cada uno defiende su opinion, y permanece en ella: y cada uno se persuade que el error no estuvo en la decision, sino en la reforma. En todos queda constante la vanidad de la ciencia; y si alguno se retrata, es por la vanidad de no ser, ni parecerse á los otros. Unos hacen vanidad de ser infalibles, otros tambien se desvanecen de mostrar que no lo son: de este genero son pocos, porque la vanidad de despreciar á la vanidad, es muy rara, y en sí misma estimable. La virtud, aunque venga de un principio vicioso, siempre es virtud de algun modo, mas ó menos calificada: el proceder bien por

Tom. II.

L

qual-

qualquiera motivo que sea , es bueno. Nuestras acciones no se determinan por la causa que muestran , sino por otra que no se vé: y entre todas las causas , la que consiste en una vanidad inocente, es menos mala. ¿ Qué importa que la vanidad sea la que incite al ejercicio del valor , de la constancia , de la ciencia , de la justicia? El impulso que mueve , queda separado de lo que mueve: dos licores contrarios , por mas que se misturen , siempre parece que uno huye y se sepára del otro: el artífice , el instrumento , la obra , todos son partes distintas. La vanidad puede incitar á virtud , mas no incorporarse con ella ; puede juntarse , mas no unirse.

La ciencia de hacer justicia es verdaderamente ciencia de Dios , y de sus substitutos en la tier-

tierra , que son los Soberanos. Es imposible darse injusticia en Dios; en los Soberanos no es imposible , mas es impropio : en los mas hombres la injusticia es casi natural. ¿ Quáles son aquellos de quienes se pueda decir exâctamente que no tienen interés , inclinacion , ó dependencia ? Qualquiera de estas circunstancias sirve de impedir el exercicio y la ciencia de la justicia. Solo los Reyes reciben su potestad inmediatamente de Dios, y solo de Dios dependen: los demas hombres todos dependen unos de otros , porque hay mil modos de depender. Aquellos mismos á quienes la altura del lugar hace parecer totalmente independientes , son los que muchas veces dependen mas : aquellos á quienes el merecimiento ó la fortuna pone en cierto grado de

autoridad , necesitan de adquirir nombre y reputacion : necesitan de la opinion y aprobacion de los otros hombres. ¡Qué mayor necesidad de dependencia ! La opinion y aprobacion comun no se forma del parecer de uno solo , ni aun del de muchos , sino del parecer de todos : y de esta suerte los mismos de quienes todos dependen , son tambien los que dependen de todos. La opinion de las gentes no es de tan poca consideracion que no dependa de ella la conservacion del puesto y de la autoridad : el recelo de que se pierda el poder ó se disminuya el respeto , es lo que ocupa cruelmente á los que están en lugares eminentes : en estos ninguno está seguro , ni aun los mas felices , porque si una mano poderosa los sostiene como elevados en el ayre,

re , puede soltarlos ; y quando creen que están en asiento firme, no están sino suspensos : las alas de una buena fama son las que los sustentan ; si ellas faltan , el mismo brazo que los suspende, los precipita. El favor supremo raras veces es indiscreto ; y si acaso se inclina sin razon , esto es , si alguno por ingenio y arte se hizo injustamente amar de un Soberano, este en el dia de su furor castiga aquella usurpacion, y subrepcion de amor : castiga el crimen de quien se hizo amar por artificio. La inclinacion de los Reyes suele fundarse en merecimiento y virtudes : de estas se compone el encanto mágico, que atrae á sí un favor prudente ; mas si fueron fingidas las virtudes , y si los merecimientos no fueron verdaderos , se irrita aquel mis-

mo favor , á proporcion que tiene sonrojo de su preocupacion y credulidad. Ningun engaño es mas sensible que el que se dirige á robar el afecto : el alma que amó, no solo siente el haver amado injustamente , sino tambien el no deber amar mas , porque la impresion que el amor hace no se puede quitar sin estrago y dolor de quien le tiene. Lo que se gravó profundamente , no se deshace sin ruína y pérdida : para aniquilarse la forma de una estampa, es necesario que se pierda toda la estampa ; no solo la figura que representa, sino tambien el cuerpo en que está la representacion. Los que deben á las letras su exáltacion , y entienden que hechos árbitros del mundo no dependen de él , son los que á la verdad están mas dependientes: porque la

om 81 fa-

fama de la ciencia, que los conserva, tambien es mudable é inconstante, y el mismo favor que los hizo subir como sábios, puede hacerlos caer como ignorantes. La ciencia no es tan cierta y permanente, que no pueda sufrir alteracion. Todo en nosotros tiene decadencia, ¿y solo la ciencia no la habia de tener? No es preciso que concurra alguna causa natural; las pasiones bastan para pervertir las ciencias, no tomadas universalmente como son en sí, sino como son en cada uno de nosotros. Una pequeña nube basta para obscurecer la luz del sol; las pasiones son muchas nubes juntas. Aquel en quien la ira no puede encubrir la luz del entendimiento y de la ciencia, la ambicion podrá encubrirla; y si no lo hizo, podrá hacerlo la gran-

deza del respeto, y en falta de este, alli viene el amor, no solo armado de saetas, sino de lágrimas; no solo fiado en su imperio, sino tambien en su sumision; no solo con ánimo de rendir, sino de rendirse: fatal combate, en que la mayor fuerza consiste en la falta de fortaleza, y en que el quedar vencido es el medio por donde la victoria se asegura. Mas si, ni el amor, ni la ambicion, ni la grandeza pudieron conquistar un pecho heroyco, alli viene finalmente la vanidad, y esta siempre viene invisible, y acompañada de todas las pasiones mas disfrazadas. El deseo, el disimulo, la persecucion y la envidia vienen cubiertas de un sayal modesto, y traen en el semblante un ayre compuesto, y humilde: la venganza, la sobervia, la rapiña,

ña, y altivéz vienen cubiertas de humos de varios colores y de diferentes formas. Asi se introduce engañosamente la vanidad, y asi vive en nosotros siempre escondida, como enemigo oculto y traydor: ella transfigura los vicios para hacerlos apetecibles, y quando los dexa vér es por algun interpuesto medio, por donde muestren lo contrario de lo que son. Habiendo tantas ciencias, apenas hay alguna que haga que nos conozcamos á nosotros, ni á nuestros vicios, y vanidad. Las ciencias humanas que aprendemos comunmente, son las que importaba poco que supiesemos: debiamos aprendernos á nosotros, esto es, á conocernos. ¿ De qué sirve el saber ó pretender saber como el mundo se gobierna; al mismo tiempo que

que ignoramos como nos debemos gobernar? Para todo somos sábios; solo para nosotros somos ignorantes. Nos falta el conocimiento propio; no porque nos falten reglas y preceptos para que podamos conocernos, sino porque la vanidad se opone á una ciencia, que humilla á quien la sabe: es arte muy dificultoso de aprender el que nos quita la presuncion. ¡Qué inútil es un espejo para quien sabe que se ha de vér en él horrendo, disforme, y macilento! Por eso queda como un alhaja sin uso, y despreciable: el ser fiel, y verdadero, es crimen, quando la verdad molesta y abate: el espejo que no lisongea, es perjudicial.

La ciencia de hacer justicia, es donde la vanidad es mas pernicioso

niciosa. ¡ Quién dixera , que tambien hay vanidad en dár lo que es suyo á cada uno ! No solo hay vanidad en eso , sino que esa misma vanidad es la que hace muchas veces que no se dé á cada uno lo que es ciertamente suyo. La corrupcion de las gentes está tan esparcida , que hace parecer virtud una obligacion que se cumple , una deuda que se paga , ó una verdad que se dice. Las cosas no se regúlan por lo que debian ser , sino por lo que podrian ser ; esto es , el depósito que se entregó , pudiendose negar ; la deuda que se podia no pagar , y se pagó ; la verdad que se dice , pudiendose esconder : y asi la privacion del vicio , sirve de virtud actual. Y de alguna suerte , para ser un hombre virtuoso , no es necesario que haga al-

algún acto de virtud, basta que no cometa algún vicio; y de algún modo también, el ser leal no depende del ejercicio de la lealtad, basta que no se cometa alguna alevosía. El mundo está tan pervertido, que la bondad de los hombres no se toma de la razón de ser buenos, sino de la de no ser malos: el nombre de la virtud no viene de la virtud presente, sino del vicio ausente: el merecimiento de las cosas, no se toma por lo que son, ni por la forma que tienen, sino por lo que no son, y por la forma contraria que no tienen. De qui viene que una acción es loable, solo porque no es reprehensible. Aquel medio de no ser ni una cosa, ni otra, parece que no le hay ya: quedaron los extremos, y se extinguíó el medio. Todo se incli-

clina á lo que no debe ser: por eso no sé si nos podemos admirar de que las fuentes aun corran al mar, de que el fuego aun abraze, de que el ayre aun se mueva, y que la tierra aun fertilice. Los elementos no se mudan; pero es porque están subordinados á las primeras leyes que les dió el Autor del mundo. Tenemos el uso de ellos, el dominio no; deben servirnos, y no obedecernos. Nuestra prevaricacion se extiende á todo quanto fué, ó es obra nuestra: por eso la vanidad se comunica, y tiene jurisdicción en todo lo que nosotros la tenemos. De aqui procede el ser la ciencia de la justicia humana, una ciencia mudable, inconstante, y vária; porque las leyes de la vanidad se saben confundir con las leyes verdaderas de

de la justicia: la vanidad tambien tiene reglas y Doctores: ¡Quántas injusticias no habrá hecho la vanidad de hacer justicia! La misma vanidad que inspira la rectitud, la impide. Revistase en hora buena el sobervio Magistrado de un semblante ceñudo, implacable, adverso, y turbulento; hagase totalmente irrisible, áspero, severo, y desabrido; muestre un aspecto sombrío, terrible, taciturno, é intratable; hable con un ayre y tono de soberanía; tenga siempre el pensamiento distraído, como que le tiene todo ocupado en Ulpiano y Bartolo, ó que está combinando en la memoria algun punto de grande consecuencia, de que tal vez depende el gobierno del universo; nada de eso pertenece á la naturaleza del Magistrado, á la de la vani-

ni-

nidad sí. Un Jurisperito incivil quiere que hasta en la gravedad de su rostro se conozca la inflexibilidad de su ánimo, y que se vea hasta en su forma exterior una forma judicial. Aquel frontispicio, cuyo adorno consiste en el desorden, es lo primero que la vanidad expone como un espectáculo, quando quiere alcanzar una aclamacion de justo. Mas ¿quántas injusticias no produce el deseo, ó la vanidad de adquirir aquella aclamacion? No puede haver justicia, quando esta se exercita por algun fin que no sea solamente por ella, ni puede ser justo nunca el que tiene por objeto principal la gloria de parecerlo. Todo lo que se busca por ostentacion, se busca por qualquier medio, sea el que fuere, esto es, ó justo ó injusto. Quien procura
la

la voz de la fama ¿qué le importa la figura del instrumento que ha de hacer aquel sonido? El que lo hiciere mas ruidoso, y esparciere mas lexos, ese es el que conviene; no importa que la voz sea sonora y cierta, el punto es que sea fuerte. Quien es muy sensible á la vanidad del nombre y de la opinion, comunmente es insensible á la realidad del hecho: este queda despreciado, si se puede despreciar con seguridad y sin recelo. Quando solo se quiere el afecto, no se procura, ni atiende á la causa: por eso á quien desea el aplauso de la virtud, esta le es indiferente; y á quien desea el aplauso de la justicia, tambien esta le es menos importante. De aqui viene que la justicia suele hacerse para sonar: la
que

que suena más, (ó por la grandeza de materia, ó del sugeto) esa es la mas agradable, á quien la hace: porque de ella se forma la voz de la fama, y juntamente nace de ella el nombre y reputacion de justo. La vanidad no se contenta con lo que las cosas son, sino con lo que parecen, con tal que parezcan grandes. No se hace caso de lo que es, sino de lo que se dice que es: estima el merecimiento, no segun su qualidad, sino segun el efecto que hace en la estimacion de las gentes. No hace distincion entre la alabanza dada por violencia, y la alabanza merecida justamente: le basta que sea alabanza. Y por esto es que la vanidad no se formaliza de la verdad del principio; lo que quiere es, que los hombres se ad-

miren ; que tomen una exâlacion por una ertrella , importa poco. De aqui viene que una accion illustre , pero hecha en secreto , la vanidad la tiene por infeliz : la virtud escondida , y que no se sabe , la vanidad la juzga por una virtud perdida y muerta.

El Juez que decidió contra un litigante poderoso y á favor de un litigante humilde , luego atraxo á sí todo el aplauso popular : la multitud le canoniza sin exâmen , le hace pasar por justo , íntegro , y sábio. Asi se engaña ó se dexa engañar aquella multitud ciega y sin experiencia : presume en el Juez un espíritu de justicia , firme é incontrastable , solo porque le vió juzgar contra la grandeza del poder ; mas no vé , que en eso mismo quiso el Juez astuto fundar

su

su grandeza propia: oprimió injustamente al grande (porque no siempre la razon, y la justicia están de la parte de los humildes): aquel fué el medio que buscó para hacerse admirable entre todos, y adquirir reputacion en pocas horas. Una sola injusticia le dió la opinion de justo, una sola iniquidad le hizo ilustre; tal vez una vida larga, y llena del ejercicio de la justicia verdadera, no hiciera tanto. Eso mismo previó el maligno Juez; por eso quiso anticiparse aquella gloria, ó vanidad, por medio de un crimen, que el vulgo comunmente no sabe: de aquella suerte consiguió un alto nombre. Mas qué importa? él mismo le desconoce, todos le tienen por justo, y solo él no se tiene por tal: el engaño produjo el efecto para los de-

más, para él no. Todos le estiman porque le creen justo; y solo él se reprende, porque interiormente sabe que no lo es. A todos puede engañar, y solo á sí no: la conciencia que no tuvo para juzgar á otro, tiene (á su pesar) para juzgarse á sí: en sí mismo tiene un tribunal que le acusa, y que conoce claramente su delito. Aquel conocimiento es por donde comienza desde luego su pena: la sentencia contra un Juez impío, él mismo la pronuncia; y por mas que la vanidad (después que le hizo errar) le ponga en un perpetuo olvido su error, con todo, allí viene algun tiempo, en que parece descansa la vanidad, y despierta la conciencia. Esta no siempre vive en un letargo, á veces se levanta, como estremecida, y asombrada; en-

entonces la oímos suspirar dentro de nosotros, como un gemido quejoso, ó eco triste, que sale del fondo interior de un yermo solitario. El corazón se sobresalta, y enternece; un horror elado y frío parece que le cubre, y le suspende el movimiento: solo entonces podemos ver aquella luz serena y pura, luz de la justicia, y de la razón; entonces se vé que la vanidad es de todas las ciencias, y que aun en la que tiene la justicia y la razón por instituto, se introduce la vanidad. ¡Quién dixera que la obscuridad de las tinieblas puede tener lugar en donde la luz preside! ¡Que á vista de la hermosura puede tener veneracion la fealdad! ¡Que una voz irracional y ronca puede entrar sin desorden en el concierto de la

harmonía! ; Que entre las piedras preciosas puede tener valor la piedra tosca! ; Que el metal grosero tiene un precio igual al metal brillante! ; Y finalmente quien dixera, que en el templo de la divinidad puede tener algun culto el ídolo! Entre extremos tales, la distancia que hay es infinita: y con efecto, entre el vicio y la virtud, entre el engaño y la verdad, y entre la justicia y la injusticia no hay camino cierto, ni proporcion, que se conozca: el mismo medio parece que es injusto y vicioso. Mas qué importa: la vanidad hace que no sea excesiva la distancia de los extremos, porque quando no los puede allegar y unir, hace á lo menos que se puedan vér de lejos: es lo que basta para de algun modo concor-

cordarlos, y todo sin mas fuerza ni trabajo, que el de dar á la verdad alguna sombra, algun pretexto al vicio, y algun color á la injusticia: y asi mientras hubiere colores, sombras, y pretextos, han de padecer la verdad, la justicia, y la virtud.

En la ciencia de juzgar alguna vez es disculpable el error del entendimiento, el de la voluntad nunca; como si el entender mal no fuese crimen, y sí error ó como si hubiese alguna grandiferencia entre el error y el crimen: el entendimiento puede errar, pero solo la voluntad puede delinquir. Asi se disculpan comunmente los que juzgan; mas es, porque no vén que lo que dicen procedió del entendimiento, si bien se considera, procedió únicamente de la vo-

luntad : es un parto supuesto, cuyo origen no es aquel que se dá. Quieren los sábios ennoblecer el error con hacerle venir del entendimiento, y con encubrirle el vicio que trae de la voluntad. Mas quién es el que dexa de vér, que nuestro entendimiento quasi siempre se sujeta á lo que nosotros queremos, y que su mayor empeño es servir á nuestra inclinacion. Por eso raras veces se opone; y lo mas en que se ocupa, es en conformarse de tal suerte á nuestro gusto, que aun á nosotros mismos quede pareciendo que fué resolucion del entendimiento lo que no fué sino acto de voluntad. El entendimiento es el que mas nos lisongea: de aqui viene que no siempre sigue á la razon y á la justicia; y sí á la inclinacion. Nos inclinamos por

VO-

voluntad, y no por consejo; por amor, y no por inteligencia; por eleccion del gusto, y no por arbitrio del juicio. Las pasiones que nos mueven, nos inclinan: á todas conocemos, esto es, sabemos que amamos por amor, que aborrecemos por odio, que buscamos por interés, y que deseamos por ambicion; mas no sabemos siempre que tambien la vanidad nos hace amar, aborrecer, desear, buscar. De aqui viene que el que juzga se engaña, quando se presume justo solo porque no halla en sí ni amor, ni odio, ni ambicion, ni interés; mas no vé que es vanidoso, y que la vanidad basta para hacerle injusto, cruel, y tirano. No vé que si no tiene amor á otro, lo tiene á sí; que si no tiene odio al litigante humilde, lo tiene al poderoso, solo

lo porque en la opresion de este quiere fundar su fama; no vé, que si no tiene interés de algunos bienes, tiene interés de algun nombre; y si no tiene ambicion de las honras, la tiene de la gloria de despreciarlas; y finalmente no vé, que si le falta el deseo de la fortuna, le sobra el de la reputacion. ¿Qué mas es necesario para pervertir al que juzga? Y con efecto, ¿qué importa que la corrupcion proceda de un principio conocido, ó de uno oculto, esto es, de una vanidad, que el mismo que juzga no conoce, ni percibe? El efecto de la corrupcion siempre es el mismo. ¿Qué importa que el que juzga se haga injusto solo por pasar por justiciero? La consecuencia de la injusticia tambien viene á ser la misma: el mal que se

se hace por vanidad no es menor, que el que se hace por interés: el daño que resulta de la injusticia, es igual; el Juez amante ó vano, siempre es un Juez injusto.

No es así el Magistrado ó Juez prudente: este es severo sin injuria ni dureza, inflexible sin arrogancia, recto sin aspereza ni malevolencia, modesto sin desprecio, constante sin ostinacion, incontrastable sin furor; y docto sin ser interprete, sutil, ó legislador. Su carácter es un ánimo cándido, sincero, y puro; es amigo de todos, enemigo de ninguno; es alegre y afable por naturaleza, más reservado por obligacion del oficio; es sensible al divertimento honesto, más sin uso de él por causa del lugar: en todo es moderado, civil, circuns-

cunspecto, diligente, laborioso, y atento. A ninguno es pesada su autoridad; y quando fué promovido á ella, todos conocieron que fué justa y acertada la eleccion; todos vieron que tenían en él un protector seguro de la verdad, y un medianero discreto y favorable para todo lo que fuese favor, clemencia, generosidad. Llegó al empleo por medio de las virtudes, y no por medio de la fortuna: un alto merecimiento le hizo llamar; y las gentes se admiraron, no de que fuese llamado, sino de que no lo fuese mas pronto. No le asombra, ni la grandeza de los sujetos, ni de los lugares, ni de las materias: no atiende mas que á la Justicia. A esta tiene por objeto singular, para esta es que mira: la razon es su regla, él la

si-

sigue, y la aclama en qualquier lugar que la halle. En su concepto no valen mas, ni el pobre por humilde, ni el grande por poderoso. Distingue las pretensiones de los hombres por lo que ellas son, y no por de quien son: no atiende la qualidad de los ruegos, sino la de las causas. Una vida sin reparo ni desorden fué uno de los requisitos por donde se habilitó; otros hay á quienes no es ventajoso que se vean los pasos que ya dieron, sino solamente los que ván dando, y á quienes no será util se ponderen las acciones antecedentes, pues aun las presentes no pasan sin murmuracion y quexa. El Juez benigno no recela que se sepa su vida, que se diga, y que se escriba: su panegírico solo depende de la verdad, y no del encarecimiento,

ó de la lisonja : él mismo es su elogio. Finalmente el Juez sincero tiene de las ciencias lo que basta para saber juzgar , y no lo que basta para saber dificultar: algunos hay que hacen del conocimiento de la razon una ciencia inmensa , como si fuese necesario arte para conocerse el sol. El camino de la justicia (para quien tiene voluntad de andar por él) es un camino derecho , espacioso , claro , fácil , y apacible : las flores que le rodean de una y otra parte , todas son perpetuas , porque nunca se marchitan : una primavera constante las reverdece y alienta. Pero el camino de las injusticias , es un camino difícil , espantoso , y obscuro ; unas veces es por encima de rocas escarpadas , por donde á cada paso se encuentra un preci-

ci-

cipicio ; otras veces es por valles estrechos , cenagosos , y profundos , donde los árboles son todos infecundos , tienen pálidas las hojas , y naciendo desordenadas y confusas , hacen el lugar seguro y propio para trayciones , alevosías , hurtos , asesinatos : las mismas sombras infunden pavor , y fingen bultos enormes ; un ayre caliginoso y denso , apenas puede alvergar aves nocturnas de presagio infausto : los rios que alli se vén , son negros , y tienen en el abismo el fondo , que apenas puede criar monstruos anfibios : el silencio con que pasan , los hace aun mas fúnebres y tristes , como si naciesen del Stygio , del Averno , ó del Coccyto. Esta figura representa el camino de la injusticia : camino que no se sabe sin estudio , porque todo

se

se compone de circulos, rodeos, y extravíos. ¡Mas qué infelíz estudio es este, en que se aprende muchas veces el camino por donde se vá al infierno! Por eso aquel digno Magistrado de una fiel jurisprudencia, solo quiso saber el cómo se debe juzgar, y no el cómo se puede juzgar; y de la misma suerte solo quiso saber el cómo se deben hacer las cosas, y no el cómo se pueden hacer. De aqui procedió el ser justas sus decisiones, y ser su voto acertado siempre: nunca tuvo por objeto, sino la justicia y la razon, y estas solo consideradas en sí mismas, sin alteracion y en su primer estado de inocencia y de pureza. En las leyes nunca vió mas ni menos que lo que ellas tienen, ni las supo acomodar á algun sentido exquisito y raro, por donde

donde viniese á tener lugar la envidia, la ambicion, y la venganza. Finalmente el Juez es verdadero, solo por amor de la verdad; es justo, solo por el de la justicia: él conoce sus propios movimientos, y entre estos sigue unicamente á los que tienen por principio la justicia y la verdad. No se desvanece de las virtudes que conoce en sí; el aplauso, solo quiere que sea de la virtud, y no suyo; la alabanza quiere que se dé á la razon, y no á él; parecele que en proceder como debe, no merece nada; no se admira de la justicia que exercita, por fuerza de la obligacion de las acciones memorables en que tiene parte, él se supone un instrumento necesario: siendo asi, no le puede vencer la vanidad. Esta, que en

todos los hombres es como un afecto ó pasión inevitable, solo en aquel Juez queda siendo como afecto sin vigor, desconocido, extraño; mas por eso mismo y sin cuidado, consiguió, y tiene un nombre venerable; y con circunstancia tan feliz, que ese mismo nombre que conserva, contiene en sí un ilustre y saludable recuerdo.

§. XXV.

La Vanidad en la sangre.

La vanidad del origen es una secta que se fundó en la Europa de la decadencia de otras de la misma especie, ó semejantes. Aquella parte por donde el mundo se comenzó á pulir, fué donde los hombres descubrieron la invención

cion maravillosa de la nobleza. La sucesion de los siglos habia hecho perder la inteligencia y uso de muchos artificios utiles y admirables; pero en recompensa hizo hallar en la sangre muchas diferencias, que aun no se habian advertido. Los hombres no pudieron vér en la sangre otras cosas mas que aquellas de que consta un cuerpo fisico; y en aquel humor lo mas que vieron, fué la razon de mas ó menos líquido, y la de mas ó menos color: de estos dos principios hicieron resultar todas las mudanzas de que la sangre es susceptible, y por causa de ella el hombre. Averroes, Avicena, Hipocrates, y Galeno, los unos famosos Medicos y Filósofos Arabes, los otros tambien famosos Filósofos y Medicos Griegos,

no conocieron (segun se dice) la circulacion de la sangre. Los que les sucedieron despues , no solo hicieron aquel grande descubrimiento , sino tambien entraron á seguir la idea de aplicar ó considerar en la sangre muchas razones y substancias importantes, de que la naturaleza , que la hace y cria , no tenia ni aun tiene noticia alguna de suerte , que en esta parte puede decirse , que la naturaleza no sabe lo que hace; y con efecto , lo que sabe es , que la sangre es una entidad material , sujeta á todas las leyes de la Hidrostática , y del equilibrio, y que forma un líquido espirituoso , vital , universal , é igual en todo quanto respira , y es sensitivo. El mismo modo , la misma arte , los mismos ingredientes de que la naturaleza se sirve

pa-

para hacer la sangre de un leon, de un elefante, ó de una águila; son los mismos de que se sirve tambien para formar la sangre de una paloma rústica, ó de un cordero manso: las producciones son diversas, la fábrica es la misma; no hay diferencia en los principios, en las figuras sí. Si el leon se desvanece, es porque tiene la fuerza, y no porque tiene la sangre de leon; y aun si se desvanece por la fuerza, es quando se compara al cordero débil, y no si es comparado á otro leon. Si el elefante fuese presumido, seria por tener la corpulencia, y no por tener la sangre de elefante; y aun en lo que toca á la corpulencia, la presuncion seria respecto de otros animales de menos estatura, y no respecto de otros elefantes. Si una águila se

jactase, habia de ser de subir mas alto, y no de tener la sangre de águila; y aun la jactancia del subir solo sería respecto del cisne, húmedo y pesado, y no respecto de otras águilas. No es asi el hombre, porque su desvanecimiento, su presuncion, y su vanidad se dirigen siempre respecto de los demás hombres. La sangre es el lugar en que hacen consistir la singularidad ó superioridad de unos á otros; en aquel licor, es en donde consideran como ocultas é invisibles todas las razones de diferencias: allí pusieron el asiento de la nobleza, y de allí la hacen salir, como de una fuente original, y compuesta de infinitas distinciones, qualidades, grados, y quilates. Los hombres de las otras regiones no distinguen las sangres sino por sus proporcio-

cio-

ciones elementares , esto es , por la proporcion de los elementos, ó partes de que las mismas sangres se componen; la diversidad que notaban , consistia en ser una sangre mas ó menos cálida , mas ó menos densa , mas ó menos sutil. No vieron aquellas naciones remotas lo que con mas ingenio y estudio llegaron á vér las naciones de la Europa ; esto es , que hay una sangre humilde, vil, despreciable y baxa, y que hay otra noble , ilustre , preclara , esclarecida. Mas si se pregunta ¿ á una sangre quién la hizo humilde , y á la otra , quién la hizo noble ? la primera ha de decir, que una pobreza cruel y dilatada la envileció ; y la segunda dirá que una pomposa y dilatada riqueza la ilustró. ¡ Quién dixera, que la fortuna hace la sangre!

N 4

¿ No

¿ No bastaba que esa misma fortuna tuviese poder en lo que nos rodea , sino tambien en lo que está dentro de nosotros ? Nos parecia que solo la naturaleza daba la sangre , y que esta solo dependia de la naturaleza ; pero ahora vemos que la fortuna la muda.

Muda la fortuna la sangre , ó á lo menos parece que la muda ; y con tal variedad y fuerza , que la sangre que algun dia fué humilde , hoy es generosa ; la que fué esclarecida , es humilde ; la que ahora está abatida , tiempo ha de venir en que no lo esté ; y la que llegó á ser ilustre , tambien algun dia dexará de serlo. De este modo viene á depender la sangre , no solo de la fortuna presente , sino tambien de la pasada ; y de la fortuna no solo le

le perjudica la miseria actual, mas tambien la que pasó ; le hace mal el mal que siente , y tambien el que no puede sentir. Suele venirle de lejos el abatimiento , ó la grandeza ; por eso depende menos del estado presente en que se halla , que del estado pasado en que otros se hallaron ; y con efecto , la fortuna de los pasados hace la nobleza de los presentes, y la fortuna de estos hace la nobleza de los futuros ; y asi se hace la nobleza y se deshace sucesivamente. La misma fortuna prepara la nobleza en unos, esto es, la comienza ; y en otros la perfecciona , hasta que finalmente viene á acabarla en otros ; el acabarla es deshacerla. Todas las cosas se dirigen naturalmente á su principio. La indigencia es mas natural ó mas cierta que la abundancia.

abundancia ; esta , que ilustra la sangre , es menos permanente que la pobreza que la abate ; la decadencia es mas comun y menos inconstante ; la prosperidad es la que hace la nobleza , en quanto dura , y tambien es la que la deshace quando se aparta. La nobleza sigue los pasos de la fortuna ; si esta es dilatada y grande , entonces se forma una nobleza ilustre , porque los siglos le esconden su origen primero y limitado. La luz quando nace es débil , pero insensiblemente toma fuerza : ningun rio se muestra luego como mar , y de los que son mas celebrados aun se ignora de donde vienen. Tal vez será de alguna fuente humilde , y despreciada ; mas como viene de lejos , la distancia los ennoblece , solo porque oculta la tosca

ro-

roca , ó la breña sin nombre donde nacén. Las cosas vanas necesitan de una cierta obscuridad, que las esconda ; porque como se estiman solo porque se imaginan estimables , si se dexan conocer se pierden : la ignorancia de lo que son , es lo que las conserva , y atrae á sí un respeto religioso. Son pocas las voces que no sean imprudentes ; y por el contrario , todo silencio es discreto y sábio. Las cosas que no se estiman por no ser conocidas , son raras : el merecimiento transpira por todas partes , y por mas que se quiera esconder , no puede ; es como la claridad , que siempre busca y halla caminos invisibles , por donde pasa. Una llama activa no se puede contener , ella se descubre , el mismo humo le sirve de indicio. No sucede
asi

asi en la vanidad de la nobleza, porque á esta lo que le conviene es tener un principio impenetrable, y que esté ya envuelto en sombras tales, que el exâmen no las pueda romper, y que ese mismo exâmen ya confuso y embarazado, no llegue sino hasta aquella parte donde la nobleza esta mas brillante y clara; y si le fuese fácil andar mas, de sucesion en sucesion, alli habia de encontrar las señales ó vestigios de la miseria, y junto á esta inseparable la vileza. Asi bien podemos asestar, que la vanidad de la nobleza es una introduccion supersticiosa, que nace de la vanidad del luxo, de la vanidad, de la arrogancia, y de la vanidad de la fortuna.

Era preciso, con efecto, que muchas vanidades concurriesen,

pa-

para poder formar la vanidad de la nobleza ; era preciso que muchas vanidades, se juntasen (todas sutiles y especulativas) para hacer que los hombres creyesen que los accidentes del tiempo, de la fortuna, y de la desgracia, se podian de tal suerte infundir en la sangre, que á una constituyesen sangre noble, y á otra hiciesen sangre vil: La nobleza y la vileza son substancias incorpóreas, porque son vanas ; y si es verdad que pueden estar en la sangre, será tal vez por algun modo intelectual, inmaterial, y etéreo ; pero parece que ni asi podia ser, porque lo que es vano de ninguna suerte existe. La inexístencia de la nobleza, aun es menos que la inexístencia de una sombra ; porque esta á lo menos es un nada que se vé. La imaginacion puede

fin-

fingir una chîmera , pero no darle cuerpo; puede imaginar la chîmera de la nobleza , pero introducir la en las venas nunca puede ser. Los hombres se engañan con lo que imaginan : les parece que lo mismo es imaginar que formar , y que es lo mismo idear que ser. El engaño ó la vanidad de la nobleza podria tener lugar , si los hombres , así como la quisieron poner interiormente en sí , se contentasen con ponerla de fuera ; esto es , si la hiciesen consistir en las acciones exteriores. Se perdieron en buscar la sangre para asiento de la nobleza : aquel engaño quedó visible , y fácil de percibir. Todos saben que la imaginacion no puede dar ni tomar cuerpo : la ilusion del pensamiento nunca puede ser mas que ilusion, La sangre no está sujeta á opinion,

nion , solo depende de las leyes del movimiento , y de la materia ; las distinciones que el pensamiento considera , no pasan del pensamiento : en él quedan , solo en él pueden existir , y no en la sangre. La nobleza y la vileza son nombres diferentes , pero no hacen diferentes sangres ; estas son iguales en todos , y por mas que la vanidad finja , invente , y disimule , todo son imágenes supuestas , y fingidas ; todo son opiniones , que todos saben que son falsas ; todo son sueños de hombres despiertos. La verdad se rie de vér la gravedad , el gesto , y circunspeccion con que las gentes tratan la materia de la nobleza ; y de vér , que sepan como la sangre se ennoblece , al mismo tiempo que no saben como se forma : de suerte que aun no

CO-

conocen, ni han de conocer nunca, la fábrica de aquel líquido admirable, y presumen conocerle las qualidades, ignoran las qualidades ciertas y visibles, y juzgan que no ignoran las que son de una fantasía irregular; y que no constan mas que de una ficcion civil. De aqui vino el reducirse á arte aquel mismo conocimiento: arte rara, y vasta, que tiene por objeto, no solo el estado de la sucesion de los hombres, sino tambien el estado ó situacion de su nobleza. En un breve mapa se vé fácilmente y sin trabajo lo que produxeron muchos siglos; alli se hallan colocados (como si estuviesen vivos) los ilustres ascendientes de la nobleza humana; y todo con tal orden y reparticion tan clara, que en un instante se comprehende

del arte ; y solo con verse , se sabe en el mismo mapa ó globo racional, se hallan descriptas muchas líneas, y distintos costados: y en estos introducidos sutilmente otros costados errantes, desconocidos, vagos, y dudosos : las regiones que alli se consideran tienen aquellos frutos que el tiempo consumió: los árboles , los troncos , y los ramos son de donde están pendientes varones ilustres , armas , escudos , títulos , trofeos ; pero todo sin acción , ni movimiento. Todo alli se pone , menos para exemplo de las virtudes , que para delicia de la vanidad ; menos para incitar el deseo de merecer , que para servir de lisonja á la ociosidad de la memoria ; menos para estímulo de la imitación , que para despertar el desvanecimiento. Nunca la vanidad halló en es-

Tom. II.

O

pa-

pacio tan pequeño mayor contento. Aquel es el lugar mas propio, en que la nobleza se muestra vestida de pompa y de aparato: alli es finalmente donde la vanidad, como en un laberinto famoso y agradable, intenta medir el ayre, pesar el viento, y palpar las sombras.

Más ¿ por qué razon pondrian los hombres en la sangre la qualidad de la nobleza? ¿ Sería por ser aquella la parte de que la vida está mas dependiente? No, porque la vida no depende mas de la sangre que de otros muchos líquidos del cuerpo. La sangre tiene en el color mas elegancia, muevese y existe en porcion mayor; pero de eso no se sigue que la vida dependa mas de la sangre, ó tenga de ella mayor necesidad. El color es efecto de la

la transposicion de la luz ; la porcion muchas veces hace nuestro mal ; y en la formacion de los mixtos es menos importante lo que entra en ellos en mas larga cantidad. Muevese finalmente la sangre ; ¿mas qué parte habrá en el cuerpo, que no tenga un movimiento propio ? Lo que la sangre parece tiene de mas , es que no necesita de nuestra intencion para moverse ; pero eso mismo tiene el cuerpo en otras partes ; y la depravacion del movimiento de que resulta la convulsion , procede de un movimiento involuntario. No hallamos , pues , el fundamento por donde los hombres quisieron que fuese la sangre la fuente donde la nobleza se imprime , y de donde sale. Solo nos falta vér , si será tal vez por entender que las suc-

cesiones se continúan por la sangre, y que está derivada de unos á otros, sucesivamente continúa en una misma descendencia, conservando en ella un caracter particular, distinto y determinado. Y con efecto en cada árbol hay un tronco comun, de donde nacen muchos ramos, muchas hojas, muchas flores, muchos frutos; estos aun quando son muchos en el numero, siempre conservan el mismo orden, y la misma identidad en la figura. La qualidad es la misma, é igual en todos; y todos reconocen un mismo y universal origen, alli se vé que las producciones son separadas, y diversas; mas el tronco progenitor es uno. Muchas rosas brotan de un solo rosal; pero todas son rosas. La especie es la misma en todas; y por mas que cada una

es-

esté en diverso ramo, el árbol que las sustenta es uno solo. Así es, y ya parece, que aquella pariedad tomada en el reyno vegetal, tiene justa aplicacion para el caso de la nobleza infundida en la sangre y en la sucesion; mas no sé si la misma pariedad puede servir de aniquilar enteramente, ó á lo menos de impedir el sistema de la nobleza de generacion. La mayor parte de los sistemas está sujeta á la variedad del discurso: aun los que la prescripcion del tiempo ha hecho adquirir un derecho de certeza. El caso es, que la sangre de los animales es como el humor en las plantas: estas por medio de las raíces atraen á sí la humedad fecunda, que las hace reverdecer; y es la misma de que se forma el tronco, los ramos, las

hojas , y los frutos : de suerte que el humor de la tierra es lo que anima á la planta , él es su sangre. ¿ Esta sangre , pues , ó este humor , será por ventura siempre el mismo en una planta? No ; porque la tierra á cada instante recibe de los otros elementos una nueva vida , esto es , una humedad nueva : las aguas que la riegan , nunca son las mismas. De aqui viene que la sangre de una planta siempre es otra , comparada á la que fué primero ; y por eso siempre muda de sangre , porque siempre muda de humor. Aquel con que nació , no es el mismo que hoy tiene ; el primero parece se extinguió por una transpiracion lenta é insensible : y asi la sangre con que está , no es la que ya tuvo , porque ya no tiene el humor que tenia. La conservacion de

de las plantas y animales depende de una continua mudanza de alimento, y por consecuencia de sangre; esta sufre una disipacion precisa; es preciso que una sangre acabe, para dár lugar á otra. En esta renovacion ó reformation de sangre consiste la vida: la muerte viene de ser la sangre la misma, la falta de mudanza es lo que la pervierte; la constancia y estabilidad le sirve de ruína.

Y con efecto, si no se perdiese la sangre que se forma en los animales, y el humor que los árboles atraen, ¿dónde era posible que cupiese tanto humor, y tanta sangre? ¿Qué es la enfermedad, sino una sangre, ó un humor, que no se disipa y está como suspenso? El calor vital, que expele una, fábrica otra: al-

gunas cosas hay, que para acabar, basta que subsistan en lo que son; de aqui resulta una especie de pasmo. La corrupcion de la sangre viene de no acabar una, para que otra comience: la fuerza del remedio consiste en la virtud de expeler, y disipar: la superfluidad procede de haverse la sangre conservado: la conservacion la pierde, no solo por razon de ser pecante, sino por ser la misma. Los poros son como infinitas puertas, y quasi imperceptibles, por donde la sangre y todos los humores pasan continuamente y sin interrupcion: la salud consta de exalacion, y de perdicion: permanece una substancia, porque otra se desvanece: si acaso aquellos poros se constipen, esto es, si aquellas puertas se aprietan ó se cierran, y que

que la sangre queda como presa, y sin salir, entonces se vé que el sugeto se affige, y desfallece; y si dura ó permanece la reclusion, la muerte llega en pocas horas. El arte, que conoce la causa del desorden, solo procura relaxar y abrir los poros comprimidos y cerrados, para que la sangre puesta en libertad, se pueda libremente perder, disipar, huir. La naturaleza ambiciosa en conservar queda inhabil para adquirir: la vida no depende tanto de la sangre que está hecha, como de la que se vá haciendo: rotas las venas, por ellas sale horrible y espantosa cantidad. Se debilita la naturaleza, mas si le acuden no acaba; pero si queda sin accion para hacer de nuevo, entra en agonía, y se extingue totalmente: en aquella elaboracion está

tá la vida; en este descanso la muerte.

Aun las partes sólidas del cuerpo, de alguna suerte mudan de substancia, y se reengendran. El hueso duro parece que todo en sí es compacto é inmutable; pero con todo, su contextura se compone de hojas adherentes, separadas, y sobrepuestas: por entre varios intersticios circúla en él un líquido untuoso: este le sirve de alimento, y sangre; y tambien es lo que siendo blando hace que el hueso sea fuerte y firme. De allí viene la nutricion, y por consecuencia la mudanza de la materia; porque todo lo que alimenta, trabaja en transformarse ó convertirse en lo alimentado. Aquella conversion procede lentamente, y apenas se imagina en un cuerpo duro: en los lí-

líquidos es visible , y se percibe fácilmente. Mas habrá quien diga, que aunque la sangre mude y se renueve , basta que quede de ella un átomo fermentativo ó idea primogenita , para conservar de este modo perennemente la qualidad de la nobleza. Esto ha de decir el defensor de la sangre antigua , no por defender la sangre , sino por defender la nobleza incorporada. Siempre es malo que el argumento llegue á tal extremo , que sea forzoso recurrir á los átomos , á los fermentos , y á las ideas : en lo físico no sé si es permitido el recurso para cosas imperceptibles é invisibles. En el nacimiento de una fuente , quien arrojare qualquier porcion de agua diversa , esta ha de salir en brevisimos instantes ; porque aquellas aguas continúa-

men-

mente se están mudando por sí mismas ; ellas son la sangre de la tierra. Asi como la sangre , son las aguas en el cuerpo : todas se mudan , y sucesivamente se renuevan ; las que vienen despues son otras , sin impresion alguna de las primeras ; ni se puede imaginar que cada porcion de sangre vaya dexando (como en memoria y prenda de sí) alguna porcion , aunque pequeña infinitamente. Las partes no son extensas , ó divisibles á lo infinito ; asi que llegan á una tal tenuidad se acaba la division. La subsistencia tiene fin en la sangre , porque esta transpira por una inmensidad de caminos ; ni es comprehensible que en la masa de un fluído sutil , haya alguna parte que tenga el privilegio de ser intranspirable ; y que exênto de las leyes universales,

les,

les, vaya quedando solo para servir de germen qualificador. Quanto mas un licor se mueve, mas se disminuye: en aquellos que tienen un movimiento perpetuo, regular y propio, la materia se disipa á proporcion que se sutaliza; ni aun en un tubo de cristal se puede algun licor conservar entero; y apenas se hace creíble la cantidad de humor que el cuerpo exâla en pocas horas. Concluyamos, pues, que la sangre no es donde la nobleza asiste: es un líquido incierto y vago, para ser el asiento de una vanidad tan constante. Haya en buen hora en el mundo una nobleza, con tal que no imaginemos que tiene dentro de los hombres una parte distinta donde habita: sea un ídolo, mas ídolo sin templo: basta suponer que el simulacro es cierto, sin en-

entrar en el empeño sobre el lugar de la dedicacion. Sea la nobleza como la sombra: esta bien se vé, mas no se toca; siempre está fuera del cuerpo, dentro nunca: tenga la vanidad un culto exterior, con tal que ella sea exterior tambien. Dexemos finalmente á la sangre en paz: ella no descansa, y todo su trabajo es para ser sangre, y no para ser esta ó aquella sangre. ¿De qué sirve el arte de introducir en aquel líquido admirable qualidades arbitrarias y civiles; si la verdad es, que ella solo tiene las qualidades naturales? ¿Para qué es hacer á la sangre autor de lo que solo es autora la vanidad?

§. XXVI.

Vanidad en la historia de que se sirve la nobleza.

La historia es una de las pruebas con que la vanidad alega y de que mas se sirve en la autenticidad de la nobleza: prueba incierta, dudosa, fingida, y tambien algunas veces falsa. En ella se vén muchos sucesos famosos, acciones, combates, victorias; muchos nombres á quienes esas mismas acciones ennoblecieron, ilustraron. Más ¿de cuántas acciones hará mencion la historia, que jamás se vieron? ¿De cuántos sucesos, que nunca fueron? ¿De cuántos combates, que nunca se dieron? ¿De cuántas victorias, que nunca se alcanzaron? ¿Y de cuántas

quántos nombres, que nunca hubo? No es fácil, que por las narraciones de la historia se pueda descubrir la verdad de los sucesos: ella comunmente se escribe despues de haver pasado algunos ó muchos siglos: de que se sigue que la misma antigüedad es una nube obscura é impenetrable, donde la verdad se pierde y esconde. Si la historia se escribió aun en vida de los héroes; el temor, la envidia, y la lisonja bastan para corromper, disminuir, ó acrecentar los hechos sucedidos. Por eso ya se dice, que para ser buen historiador, es necesario no ser de ninguna religion, de ningun país, de ningun partido, de ninguna profesion; y mas que todo, si se pudiese, no ser hombre. Y con efecto, si alguno se persuade que ha de saber la verdad de

de los sucesos por la leccion de la historia, se engaña; quando mucho, lo que ha de saber, es la historia de lo que los Autores escribieron, y no la verdad de lo que escribieron.

Los Historiadores en lo que mas se esfuerzan, es en pintarse cada uno á sí, é introducir en lo que escriben sus profesiones, é inclinaciones. El orador todo se ocupa en declamaciones y panegíricos, aunque los objetos de la alabanza sean totalmente indignos de ella. El Militar no hace mas que buscar ocasion para escribir empresas, murallas, ángulos, ataques, sitios: una batalla que nunca hubo, la hace tan cierta, que hasta refiere la hora en que comenzó, como se prosiguió, el tiempo que duró, los incidentes que tuvo, los nombres

Tom. II.

P

de

de los Generales, la forma del combate, los errores y aciertos de una, y otra parte; y finalmente dá la razon por donde se vino á conseguir la victoria. Aun en un combate verdadero, solo el historiador tuvo noticia de infinitas circunstancias, que haviendo sido momentaneas, ninguno de los mismos combatientes las pudieron distinguir, saber, ni vér. Si el Autor de la historia es jurisconsulto, al instante hace mencion de leyes, legisladores, derecho de las gentes y de la guerra: á cada paso halla materia propia para una larga disputa, y dexando lo que pertenece á la historia, él mismo se introduce en ella, y entra á mostrar su carácter. De aqui viene que Salustio, siendo Historiador, todo se exhala en moralidades: Tácito en

en políticas: Tito Livio en supersticiones.

El deseo de referir cosas admirables, y la vanidad que el historiador tiene de manifestar que las sabe, es lo que hace siempre inventar, y escribir sucesos fabulosos. El inventor de cosas raras, extraordinarias, y maravillosas, atribuye á merito suyo la admiracion que hace nacer en el ánimo del lector crédulo é inocente. La variedad de opiniones en materia de historia, hace que esta parte de la literatura sea la mas incierta, dudosa, y compuesta muchas veces de engaños é imposturas.

A Herodoto (que pasa por el mejor historiador) llama Ciceron Autor de fábulas. Diodoro trata de fabulistas á los escritores que le precedieron, y á él

mismo trata de la misma suerte Vives. Los Comentarios de Cesar no son mas acreditados: Polio Asinio los tiene por poco verdaderos; y Vosio hace memoria de un Escritor que pretende mostrar con pruebas invencibles, que Cesar nunca pasó los Alpes, y que todo quanto dice de la guerra de los Francos, es falso.

Los Historiadores, no solamente son opuestos entre sí; mas cada uno á sí mismo muchas veces es contrario. Procopio en su historia, dá alabanzas inmensas al Emperador Justiniano, y á la Emperatriz Teodora su muger, á Belisario, y á Antonina; y en sus Anedoctas los crítica excesivamente. Los mármoles y bronces no sirven en la historia de pruebas infalibles: los monumentos mas antiguos

guos han dado ocasion á los mas celebrados errores: las primeras conjeturas (bien ó mal fundadas) adquiriendo con el tiempo la autoridad de la historia , fueron pasando á la posteridad como cosas ciertas. Tenemos exemplo en la memorable inscripcion puesta en el arco del triunfo de Tito , la qual decia : que antes de aquel Emperador ninguno habia tomado , ni aun emprehendido el sitiarse á Jerusalén ; siendo asi que (sin recurrir á la Historia Sagrada , que aun entonces pudiera ser menos bien sabida de los Romanos) aquella Ciudad fue una de las conquistas de Pompeyo , de donde procedió llamarle Ciceron su Jerosoliminario. Añádese á esto , que los mas notables acontecimientos son en los que las historias mas varían , y en que los

Autores concuerdan menos: ¿Quántos pareceres ha havido sobre la guerra de Troya? Unos quieren que fuese verdadera; otros dicen, que no fué mas que una bien compuesta fábula.

Dion Chrisostomo, en la fé de las tradiciones Egipcias, dice: que Elena siendo pedida por los mayores Príncipes del Asia y Grecia, casó por orden de su Padre Tindaro con Alexandro hijo de Priamo: y que aquellos Príncipes, irritados de la preferencia, hicieron guerra á Troya; y que, enflaquecidos despues por la peste y el hambre, y juntamente por sus mismas disensiones, concluyeron la paz con los Troyanos: en cuya memoria habian hecho fabricar un cavallo de madera, donde se escribió en gruesas letras la forma del tra-

ta-

tado ; y que facilmente no pudiendo el cavallo entrar por las puertas de la Ciudad , se habia abierto un pedazo de muralla por donde pasase. Pero Pausanias dice lo contrario ; y asegura que el cavallo de Troya no fué mas que una máchîna de bronce , que él vió en la Ciudad de Atenas ; y que habia servido en aquella guerra , como de instrumento bélico para arrasar y destruir los muros.

Muchos escribieron que Elena nunca fué á Troya : que Paris y Elena fueron llevados por una tempestad á una de las bocas del Rio Nilo, llamada *Canope*, y de alli conducidos á Memfis, donde Proteo reynaba : que este abominó la alevosía de aquel Príncipe ; y que arrojandole fuera de su reyno , retuvo á Elena con todas las ri-

quezas que tenia: que entonces Paris se retiró á Troya: que siendo seguido por los Griegos, de alli se originó una grande, y cruel guerra; y que yendo despues Menelao á Egipto, alli le entregó Proteo á Elena, y juntamente todas las riquezas.

La diversidad de opiniones no es menor en todo lo que respecta á la historia de Eneas. Algunos Escritores dicen: que aquel Príncipe fué el que entregó á su patria, abriendo una de las puertas de Troya á los Griegos; otros escriben: que el viage del mismo Príncipe á Italia, era dudado por Dionisio de Alicarnaso, y entre los modernos por Justo Lipsio, por Felipe Cluvier, por Samuel Bochart, y por otros muchos. Metrodoro de Lampasco no tiene dificultad en creer, que los

los héroes de Homero , Agamemnon , Aquiles , Hector , Paris , y Eneas , nunca existieron en el Mundo.....

La Historia no es menos incierta respecto de la fundacion de Roma. Unos dicen, que los Pelasgos despues de subyugar naciones várias, fundaron en la Italia una Ciudad grande, la que llamaron Roma, en señal ó significacion de su fuerza; porque Roma en griego quiere decir *fuerza*. Otros cuentan, que en el mismo dia en que se tomó Troya, algunos de los naturales entraron en las embarcaciones que hallaron en aquel puerto; y que siendo arrojados por los vientos sobre la costa de Toscana, desembarcaron junto al Tiber; y que entre las mugeres que no podian soportar las incomodidades del

del mar, habia una llamada Roma; y que esta aconsejó á las otras pusiesen fuego á las embarcaciones, y que habiendo executado aquel arbitrio, y conociendo los maridos la bondad del país, se resolvieron á quedar en él; y fundando una Ciudad, le pusieron el nombre de la muger, que los obligó á establecerse alli.

Tambien hay quien diga, que Telepho, hijo de Hércules, tuvo una hija llamada Roma, á la qual casó con Eneas, ó con su hijo Ascanio, de donde procedió el nombre de la Ciudad. Otros quieren que Roma fuese edificada por un hijo de Ulises y de Circe, llamado Romano. Otros dicen que Romo, Rey de los Latinos, fué el primero que la habitó, despues de vencidos los Tirrenos.

An-

Antioco de Siracusa, que vivia cien años antes de Aristóteles, escribió: que mucho antes de la guerra de Troya, ya habia en Italia una Ciudad llamada Roma. Siempre es digno de reparo que entre todos los Autores que atribuyen á Rómulo la fundacion de Roma, ninguno concuerde con el nacimiento, y educacion de aquel Fundador.

La misma diversidad de opiniones se halla respecto de las Sabinas, de Licurgo y de las Amazonas. De estas habla Herodoto, Diodoro, Trogo Pompeyo, Justino, Pausanias, Plutarco, Quinto Curcio, y otros. Estrabon niega que las Amazonas fuese una nacion que existiese nunca. Palephato es del mismo parecer. Adriano tiene por muy dudoso todo quanto se escri-

cribió de las Amazonas. Otros toman por Amazonas unos exercitos de hombres comandados por mugeres ; y de esto hay muchos exemplos en la Historia antigua. Los Medas , y los Sabianos, obedecian á Reynas. Semiramis dominaba los Asírios : Tomiris á los Scitas : Cleopatra á los Egipcios : Baudicea á los Ingleses, Zenobia á los Palmirenos.

Apion cree: que las Amazonas no eran una nación particular , pero que asi se llamaban todas las mugeres de qualquier nación que fuesen , que tuviesen por costumbre el ir á la guerra. Otros pretendieron : que las Amazonas no eran otra cosa mas que unos pueblos bárbaros, vestidos de ropas largas, y que tenian en la cabeza adornos de muger. Diodoro de Sicilia dice : que Hércules,

les, hijo de Alcmene, á quien Euristeo pidió le traxese el tahalí de Hipólita, Reyna de las Amazonas; él con efecto las combatió junto á las márgenes del Termodonte, y destruyó aquella nacion guerrera; pero los sucesos mas famosos de la Historia de las Amazonas son menos antiguos que el de Hércules griego, hijo de Alcmene. Todo esto refiere el tratado singular sobre la opinion y juicio humano.

No hay, pues, certeza alguna en nada. La Historia profana (porque de esta es solamente de la que hablamos) parece que no se hizo para instruir, sino para engañar. Los Autores no se contentaron con enredar el mundo mientras vivieron: quisieron tener el maligno divertimiento de dexar en la Historia una ocupa-

pa-

pacion de estudiar engaños: no todos lo hicieron por malicia sino por simplicidad. Esa misma historia es donde la vanidad de la nobleza toma su principio, y donde saca las pruebas de que mas se desvanece: quanto mas antigua es la historia, tanto mas ilustre es la nobleza que se funda en ella. Esta suerte de vanidad, es universal. Las ideas chîméricas sobre antigüedades, no solo son propias á cada uno de los hombres, sino á todas las gentes y naciones; y con tal fatuidad, que algunas ván á buscar su origen antes que el mundo habitable tuviese el suyo: y de aquel modo ellos comenzaron primero que el mundo. En este delirio de antigüedad, y por consecuencia de nobleza, entraron los Scitas, los Phrigios, los Persas, y los Egip-

Egipcios. Estos no pretendian menos que 600 años de antigüedad; y en esta forma, ¿qué nacion podría competir con ella en aquella parte? Ni los Chinos, extremados en todo, dictan sus pretensiones tan leixos. Asi son los delirios que los hombres piensan; unos para ennoblecerse á sí, otros para ennoblecer á los suyos. No hay medio alguno de que aquella vanidad no se sirva: ó sea imaginario ó falso, todo sirve á quien se quiere hacer ilustre; porque cree que el ser ilustre, es ser mucho mas que hombre, ó á lo menos alguna cosa mas. El secreto consiste en saber introducir el engaño, y sobre todo en defender el error y preocupacion de que los hombres pueden ser diversos, aun en la misma razon de hombres.

Los

La Grandeza de la antigüedad, ó la nobleza de los antiguos, aun era mas fuerte y singular que la que se ideó despues: una y otra tiene de comun, el ser efectos de la vanidad, y consistir en la imaginacion de quien no cabe en sí. La nobleza, pues, del tiempo heroyco era en todo mas subida. Ni es de admirar; porque hoy nada es comparable á la grandeza Sparciata, y al esplendor Latino. Los siglos fueron deshaciendo todos los portentos; la variedad de sucesos y fortunas, tambien fué reduciendo el mundo á un estado de mediocridad; la misma vanidad de la nobleza tuvo decadencia; se acabó la ficcion, y desvarió en que aquella suerte de nobleza se fundaba: ella fué uno de los ídolos que cayeron. Quando la luz de la verdad des-

ter-

terró las tinieblas del Paganismo, cesaron los oráculos, no respondieron mas, enmudecieron. La Grecia, patria comun de los Hé- roes, y donde estos nacian como en tierra fecunda y propia, fué donde la vanidad de la nobleza quiso elevarse aun encima de las estrellas. Y con efecto, Eneas decia ser hijo de Venus, Achi- les de Thetis, Phaetonte de Apolo, Alexandro y Hércules de Júpiter. Estos y otros muchos pretendian no menos noble origen que el celestial, como descendientes de los Dioses inmortales. Esta fábula no duró un dia solo; y es de ad- mirar que tuviese autoridad en el concepto de hombres cultos, sábios y prudentes; y con tanta fuerza que llegasen á hacer de las fábulas religion. Aquella fué la nobleza de los Antiguos: no-

bleza, que tenia por principio un engaño introducido y respetado. Se veía en las manos de Júpiter el rayo; en las de Marte la espada; y en las de Apolo las saetas. Thetis dominaba las ondas; Venus la hermosura: ¿quién habia de resistir por una parte á la fuerza del poder, y por otra al encanto de la belleza? Aun quien conociese la fábula, se habia de enamorar de su apariencia. Todos saben que los hombres son iguales en quanto hombres; mas no por eso dexan de entender que hay una nobleza que los distingue, y que los hace ser hombres mejores.

Aun la nobleza de los Antiguos (despues de acreditado el error) tenia mas cuerpo; porque los ilustres iban á buscar sus ascendientes en sus Dioses; y de esta suerte quedaban los hombres

me-

medio humanos, y no enteramente. Solo así podían ser distintos, y desiguales en la realidad. Las distinciones permanecieron en tanto que duraron las suposiciones del origen. Conoció el mundo la impostura, y luego los Dioses se acabaron, dexando á sus descendientes hechos hombres como los otros; y con la circunstancia, que por haver tenido progenitores altos, quedaron sin ningunos. Despues de aquel Catastrofe fatal, parece que debia extinguirse la vanidad de la nobleza; pero no fué así, porque aquella vanidad solo mudó de especie, y el engaño de figura: la mitologia se convirtió en genealogia, se humanizó. La igualdad siempre fué para los hombres insuportable: por eso entraron á formar nuevos artificios con que

se distinguiesen, y quedasen desiguales; y no teniendo ya Dioses de donde sacar el principio de la nobleza, entraron á sacar la de otras muchas vanidades juntas: compusieron una nobleza toda humana. Entonces nació aquella tal nobleza, como parto del poder de la pompa y de la riqueza: accidentes en la verdad exteriores, pero que sirven en el hombre; y esta aunque compuesta de fragmentos, siempre forma un adorno matizado y agradable. Bien se vé que la viveza de los esmaltes y de las conchas, no penetra la substancia interior, y que el muro tosco no queda mudado, cubierto sí; mas qué importa, si la gala fragil que le resiste, le ennoblece.

En la propagacion de los animales observa la naturaleza el mis-

mismo orden: de este siempre viene á resultar la misma forma, y las mismas circunstancias. Los individuos, pues, de cada especie, no son tan uniformes, que no tengan entre sí un carácter particular con que se distinguen los unos de los otros. En las familias se notan facciones determinadas, por las quales se conocen los que vienen del mismo origen: el mismo ayre en el gesto ó en la figura persevera en muchas líneas descendientes; y de tal suerte, que algunas son reconocidas por una hermosura sucesiva; y otras tambien lo son, por una fealdad hereditaria. Las mismas naciones se muestran diferentes por un aspecto, ó semblante propio, que la naturaliza afecta en cada una de ellas. El color es una señal demostrativa, re-

gular, é indeleble, que la misma naturaleza imprime en las gentes de cada clima ó region; y de ese color proceden otros colores mixtos ó modificados, que indican el grado y concurrencia de naciones diversas, pero unidas; de gentes separadas, mas juntas; de familias extrañas, aunque naturalizadas. Aquella es la marca, que la Providencia pone en los hombres: marca perpétua en quanto ellos se perpetuan dentro de su misma esfera; pero temporal, y extinguable por medio de una nueva composicion. Hasta en las plantas se encuentra la misma economía: ellas tienen señales por donde se distinguen; unas permanentes, otras mudables: el arte, que concilia entre sí plantas diversas, ó las conserva y hace permanecer en el estado pri-
mi-

mitivo, ó las altera y muda á otro. Ella obliga al tronco á sustentar ramos agenos, á vestirse de hojas desconocidas, y á producir frutos adulterinos. Aun en las cosas insensibles tiene á veces lugar la violencia. Asi se fuerza á la naturaleza á que siga un camino errado, y que en ciertos casos no siga sus leyes, sino las de la industria y del artificio. De aqui viene, que es útil que nuestra inteligencia sea limitada; si no lo fuese, apenas tendria la tierra libertad para hacer nacer, como quisiese, la menor flor del campo. ¿Quántas veces no se hace mal porque no se sabe hacer? Aquella ignorancia nos preserva; pero no por eso valemos mas, porque el merito es de la ignorancia, y no de nosotros.

Ya vemos que los hombres,

Q 4

quan-

quando vienen al mundo, ya traen una señal de distincion y diferencia, y que esta los hace distinguir y conocer. De aqui parece que resulta una induccion fuerte á favor de la nobleza original; pero ¿qué argumento débil es el que se saca de una distincion visible, constante y material, para otra que es solamente imaginaria? ¿de una que se hace naturalmente, para otra que civilmente se fabrica? ¿de una, que es de la institucion del mundo, para otra que es de la institucion de los hombres? ¿de una, que es totalmente independiente, para otra que es arbitraria? de una que tiene por principio la misma Providencia, para otra que procede de la fortuna; y finalmente de una, que es fundada en reglas infálibles, para otra que solamente

te

te es fundada en vanidad? En esta parte la razon sacada de la semejanza, no convence. Con un solo carácter se pueden formar letras infinitas, todas iguales y semejantes; mas no por eso las letras tienen nada del carácter Impresor. Este se imprime, mas no se comunica; dá la semejanza, su substancia no: el metal de que se compone, no dá de sí mas que la figura. Muchas estampas vienen de un mismo molde todas son iguales y parecidas, mas ninguna tiene del molde, mas que el contorno. La sombra viene de un cuerpo que tiene opuesta la luz, de suerte que no hay sombra donde no hay luz y cuerpo; mas no por eso la sombra recibe en sí propiedad alguna, ni del cuerpo ni de la luz. El producirse una cosa, no es lo

lo mismo que reproducirse.

La vida, ó espíritu vital, que pasando de unos á otros, vá haciendo la descendencia de los mortales, parece que indica de algun modo la exístencia de la nobleza original; y con efecto, si la vida se transfiere siendo mas, ¿por qué no ha de transferirse la nobleza siendo menos? La vida es transmisible, y así debe ser tambien la nobleza que la acompaña. Pero no saquemos erradas consecuencias. La vida no se puede decir que es transferible; y aunque lo fuese, no por eso quedaba transferible la nobleza. Solo lo que existe físicamente se transfiere, mas no lo que solo tiene una exístencia mental. Todo lo que consta de imaginacion únicamente, ni se pasa, ni se dá, ni se transmite. La vida
con

con que vive uno, no es la misma con que otro vive; la imaginacion de uno, no es la misma que otro tiene. La vanidad despierta la imaginacion ó idea de nobleza: esta imaginacion no es heredada, sino adquirida; y ninguno sabe que la tiene ó que no la tiene, sino despues que la imagina. En aquella imaginacion lo que se gana ó pierde, es un pensamiento; y este, quando es falso, no tiene menos entidad que quando es verdadero; porque en las cosas vanas, la verdad no vale mas que la mentira.

La vida consiste en el movimiento: quien primero le causa, es lo que se dice ser principio de él; pero no se sigue de aqui, que lo que despues se mueve, quede con alguna porcion del principio que le movió. El
bra-

brazo quando mueve un cuerpo, no se comunica á él y ese cuerpo no recibe en sí, mas que un impulso. El brazo no pone mas que la fuerza, que sirve de principio al movimiento; mas no por eso queda el cuerpo que se movió, con alguna parte del brazo que le hizo mover. En una misma luz se pueden encender muchas miles de luces; mas ninguna de estas participa ó tiene en sí nada de la primera: cada una arde en sustancia propia, distinta y separada. Lo que las distingue, es la materia que les vá sirviendo de alimento, y no la primera luz de donde comenzaron. No es menos activo ó menos noble el incendio que nació de una hacha errante, que vendria de un fuego guardado en el templo de las Vestales. ¿Quién ha de in-

intitular ilustre á la llama, porque vino de otra que decian consagrada? ¿Y humilde la que procedió de otra que no tenia esta circunstancia? A una piedra preciosa se le regula el valor por la perfeccion que muestra en sí: la que nació en el monte Olimpo, no es por eso mas brillante que la que se halló en un valle rústico y profundo. Solo para el hombre estaba guardado el ser distintos unos de los otros, y el distinguirse, no por el valor de cada uno, sino por el valor de las cosas que los distinguen. La nobleza fué la mayor máchîna que la vanidad de los hombres inventó: máchîna admirable, porque siendo grande, toda se compone de nada. Las otras vanidades, parece que son menos vanas, porque siempre tienen alguna

bb
ob-

objeto visible, y manifiesto; mas por eso mismo, la vanidad de la nobleza es una vanidad sin remedio: mal incurable, porque no se vé.

Así es, ¿pero quién negará que la nobleza, ó esa cosa vana, es útil, necesaria, y bien imaginada? ¿Qué importa que una cosa sea en la realidad nada, si los efectos que produce son algo? Los efectos de la nobleza son muchos: ella dá merito, valor, saber, á quien no tiene, ni ciencia, ni valor, ni mérito: ella sirve para hacer venerado á quien no lo debe ser: ella hace que el crimen quede muchas veces impune; que el desorden se encubra, y se disfrace; y que la soberbia, la arrogancia, y la altivéz, queden pareciendo naturales y justas. Finalmente la vanidad

dad de la nobleza, hasta se desvanece con la vileza de las acciones: estas aun quando son viles, infames, torpes y odiosas, no por eso envilecen ó infaman á quien las hace; antes de la misma enormidad de las acciones se saca un nuevo lustre ó nueva prueba de la nobleza. El punto es contar una larga série de ilustres ascendientes, para que un noble quede dispensado de las leyes de la Sociedad y de formalidades civiles; y tambien habilitado para que pueda libremente y sin reparo perder el pudor, la honra, la verdad, y la conciencia. De esta suerte viene la nobleza á ser un medio por donde el vicio se autoriza, el crimen se justifica, y la vanidad se fortalece. Juzgan los nobles, que la nobleza les permite todo, pero juzgan mal; porque lo

lo cierto es , que la nobleza bien entendida , no se hizo para canonizar el error ; ella fué sábiamente hallada para servir de estímulo y compañera de las virtudes ; para ennoblecer las acciones ilustres , y no para ilustrar las viciosas ; para ser atendida por lo que hiciese digno de atención , y no por lo que hiciese indignamente ; para servir á la razón , y no para dominarla ; para ser exemplo , y no regla ; para hacer á los hombres buenos , y no para pervertirlos ; para distinguirlos por la nobleza del espíritu , y no por la nobleza de la carne ; para hacerlos mejores de una mejoría de ánimo , y no de cuerpo: finalmente para hacer mas clara la luz , y no para hacer clara la sombra.

Por eso el sábio Rey , (que aun

aun ha poco que perdimos, y cuya feliz memoria á cada paso renueva en nosotros el mas entrañable dolor) nunca miró á la nobleza quando la veía sola; pero sí quando la veía acompañada de acciones nobles; nunca atendió á la nobleza del origen, pero sí á la nobleza de los sugetos: consideraba los hombres, primero por la qualidad de las virtudes, y por las otras qualidades despues; el concepto que hacia fué, que la nobleza no era en el hombre parte principal, mas sí parte adjunta, que solo servia de adornarle y no de hacerle. Aquel mismo Rey fué el terror de la nobleza arrogante y soberbia. Esta siempre tenia los ojos asombrados de vér á cada instante fusilar el rayo, y vér siempre armado el brazo poderoso; pero armado al mismo

Tom. II.

R

tiem-

tiempo de justicia y de piedad, de ira y de compasion. De este modo gobernó en paz, y nos dexó la paz; por eso el sentimiento de perderle fué y ha de ser infinito en nosotros; y nuestras lágrimas apenas podrán mitigarse alguna vez, nunca suspenderse. Acabó aquel Monarca Augusto, y parece que no tanto por la fatal necesidad de acabar, como para que trocado en altar el trono, el respeto en culto, y el obsequio en adoracion, lo pudiesemos invocar. Subió al estado de inmortal para ser numen tutelar del imperio Portugues; y en un Príncipe (el mas prudente y moderado que el mundo vió) nos dexó un Rey benigno, pío, generoso, justo, protector. Asi quedó dispuesto nuestro consuelo, y sería menos fuerte nuestra pena, si pudiese-

diese ser el haver remedio para el sentimiento.

Uno de los abusos que el tiempo y la vanidad introduxo, fué la nobleza. Esta, pues, siendo tomada en los términos de su primera infancia, ó en la idea con que fué criada, es verdadera y útil, y en estos mismos terminos, ninguno le puede disputar, ni la utilidad, ni la verdad de la existencia. Por noble entendian los antiguos un Héroe, esto es, un hombre distinto de los demás hombres, y distinto por sí, y no por otros; por sus propias acciones, y no por las ajenas. El Heroismo y la nobleza eran qualidades personales, y no hereditarias; uno y otra dependian de acciones heroycas, y en ambas era necesario el requisito del poder: si este cesaba, se extinguia

la nobleza. De este modo es, que antiguamente habia nobles, porque en todo tiempo existieron poderosos: estos quedaban distintos por grandeza, y no por naturaleza. Pasaba la nobleza de unos á otros, quando el poder tambien pasaba; de uno y otra se formaba una herencia indivisible. Acabada la nobleza por falta de lucimiento, si este despues bolvia, no hacia resucitar la nobleza ya perdida; se componia otra nueva, y esta no era de menos entidad ó menos noble que la primera. El tiempo no es lo que ennoblece. ¿ Los siglos, que envejecen todo, solo á la nobleza no habian de hacer caduca? Los años todo disminuyen, ¿ y solo á la nobleza habian de hacer mayor? Una flor moderna no tiene menos gracia, que una flor antigua. La verdura con que la pri-
ma-

mavera se reviste, ya en el otoño queda postrada y macilenta. Las estrellas comenzaron con el mundo, y no por eso brillan mas: lo que depende de mas ó menos tiempo es frágil. La vanidad hasta se quiere aprovechar de las horas y de los dias que pasaron. Por aquel modo de entender crece la vanidad, la nobleza no. ¡Qué poco consideran los hombres en que hay una eternidad, y que la duracion del mundo no es mas que un instante!

Si hay en los hombres diferencia, esta solo se halla en los cetros y coronas. Los que domínan la tierra, tienen la semejanza de los humanos; mas no sé qué tienen de mas: tienen el mismo sér para ser hombres, pero no para ser como los demás hombres. Quien los hizo mayores, fué la Providencia: solo esta podia influir diversidad en lo que

que es lo mismo ; podia hacer que una identidad fuese diferente de otra de la misma especie ; y podia, baxo de la misma forma , y de los mismos accidentes , hacer una naturaleza desigual. Dios es el origen del poder de los Reyes : estos son independientes de la fortuna , porque el poder supremo , solo Dios que le dá , le quita. Las revoluciones particulares parece que resultan de una economía cierta ; las de los Monarcas no suceden sin decreto especial. Aquellos, á quienes la Providencia hizo árbitros del mundo , la misma Providencia los distinguió ; los otros hombres se hacen distintos á proporcion del favor supremo que los distingue. Consiste , pues , la distincion de los hombres solo en la voluntad ó corazon de los Reyes : esta es el origen verdadero de la nobleza.

Los

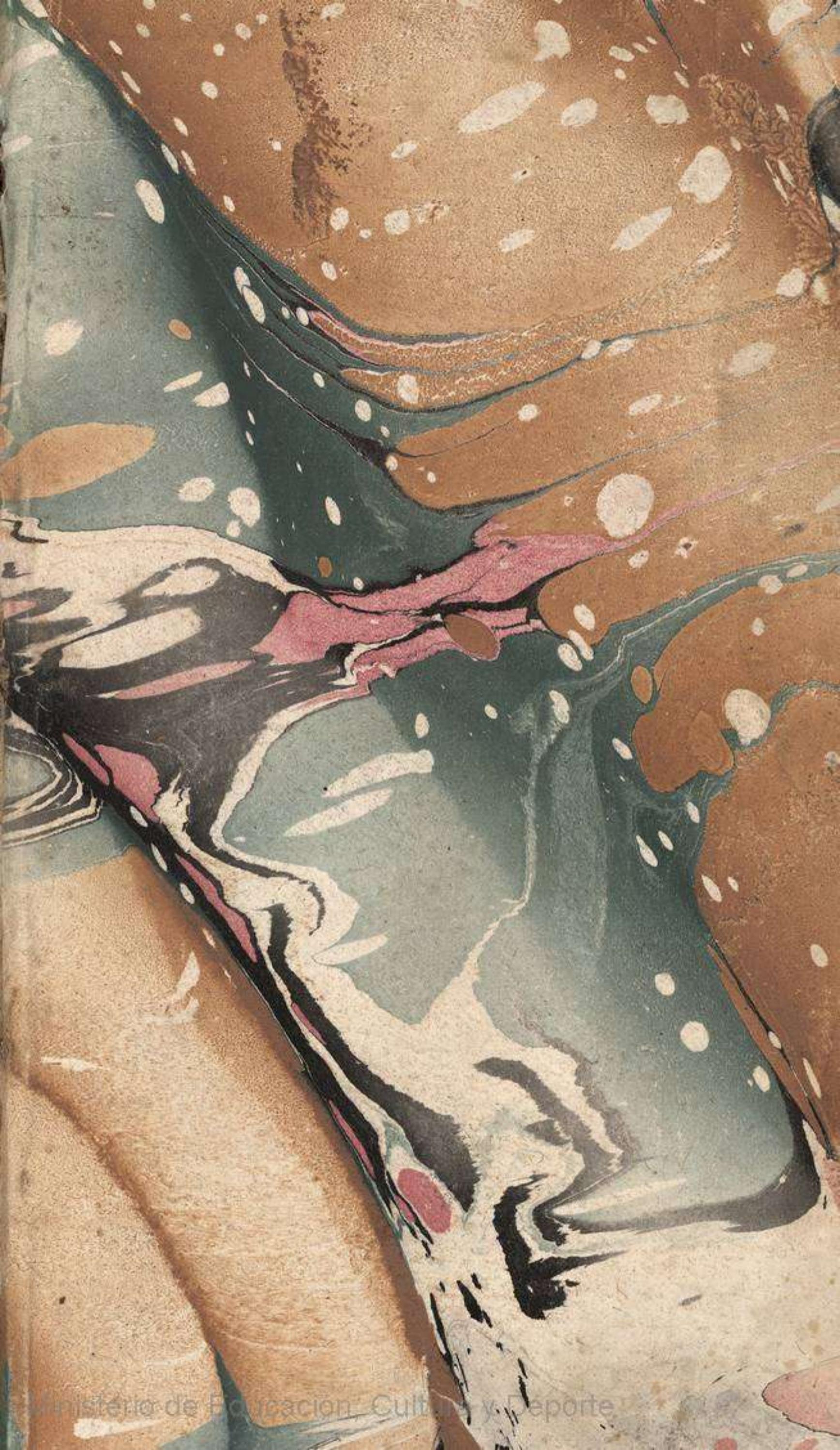
Los Reyes son los que glorifican á los hombres, esto es, los que los ennoblecen, y de esta suerte reciben la nobleza por gracia, y no por sucesion; por favor y no por herencia. Permanecen nobles, mientras permanece la gracia que los ilustra: permanece aquella prerrogativa en quanto el favor existe; si este se retira, luego la nobleza se acaba. La luz toda se emplea en los objetos: estos quedan claros, pero es por fuerza de una luz que no es suya. Si el sol se esconde, quedan los objetos oscuros y escondidos. Las cosas no nacen con las qualidades que se vén; los hombres no vienen al mundo sábios, justos, prudentes, virtuosos y buenos; y del mismo modo no vienen nobles. Acá hallan la nobleza como una parte posterior y auxiliár, que se puede unir y agregar

gar despues: hallan muchas vanidades, y entre ellas una ocupada en creer, que la nobleza es qualidad fixa, propia, interior é inseparable; y por mas que los sentidos y la razon muestren lo contrario, no por eso aquella vanidad se dexa convencer. Quidamos por un poco á los hombres la facultad que tienen de explicarse; supongamos que no hablan, tal vez entonces se verán iguales todos: la incapacidad, y el silencio, saben mas. Quidamos tambien por un instante á los hombres el alma racional; y entonces veremos la nobleza con que quedan. Esta tal nobleza, ó su vanidad, negando las suposiciones, queda libre del argumento.

F I N.









Siant. Top.

Est. 58

Tab. 2

Num. 9

REFLXI

2

1925

3639